

# FOCUS

PRE | OCUPACIONES

# PRE | OCUPACIONES EL PLACER

## AZUL

778.- Así como el amarillo siempre implica luz, cabe decir que el azul siempre comporta oscuridad.

779.- Este color causa a la vista una impresión singular e inefable. Es, como color, una energía; pero pertenece al lado negativo y en su pureza suprema es, como quien dice, una preciosa nada. Su efecto es una mezcla de excitación y serenidad.

780.- Del mismo modo que el cielo y las montañas lejanas aparecen azules, la superficie azul parece que se alejara de nosotros.

781.- Así como nos sentimos impulsados a correr en pos de un objeto agradable que se nos huye, nos gusta mirar el azul, no porque “salta a la vista”, sino, por el contrario, porque la arrastra tras de sí.

*Johann Wolfgang von Goethe*  
Extracto de *TEORÍA DE LOS COLORES*

*Placeres ocultos*

**GINO  
RUBERT**

El test que tienen ante sus ojos, ideado por Gino Rubert, es heredero directo del test de Rorschach. La propuesta de Hermann Rorschach era poder evaluar la personalidad de las personas y rescatar de su mirada los espacios vacíos que solo se podían manifestar a partir de la interpretación de sugerentes imágenes/manchas de tinta dispuestas en diez láminas. La cuestión que planteaba al paciente, todos lo somos frente a un test de personalidad, era expresar lo que le sugerían esas formas acuosas, deslizantes, sinuosas, casi simétricas, inclasificables e inquietantes para luego poder interpretarlas y diagnosticar enfermedades del alma sorprendentes y asombrosas.

Gino Rubert plantea el mismo esquema para estimular al lector/paciente a penetrar en esas imágenes y desvelar sus placeres ocultos. Las imágenes funcionan como sutiles percutores que buscan activar nuestra mirada hacia nosotros mismos. Así pues, la cuestión que plantea es dejarse llevar por la percepción y abandonarse al silencio de las formas que nos propone.









## Guía para avanzar en las formas y perderse

### Imagen 1

Si el torso rojo y arcaico le hace ascender hasta la voz de Rilke en su poema *Torso arcaico de Apolo* cuando dice: “No conocimos su cabeza inaudita, / donde maduraba el globo del ojo./ Pero su torso sigue ardiendo como un candelabro, / en el que se mantiene y brilla, sólo que reducida / su contemplación./ Si usted ha ascendido en ese rojo intenso sepa que necesita el fulgor, y todo aquello que resplandece y se consume, para vivir.

### Imagen 2

Ocre como bronce que nos remite a los jardines del paraíso. Una flor perdida es una flor imposible pues, sin nuestra mirada, se diluye como un barco en la niebla. Si ves una orquídea es que estás alcanzando el clímax con otro u otra. Si miras y su interior se expande, es que ya estás dentro.

### Imagen 3

Si observa en las manchas verdes las lágrimas de Green Giant sepa que su placer oculto es abrazar el rayo verde que se divisa en el horizonte poco después de la puesta de sol o poco antes de su salida, cuando el mundo parece detenerse; es solo un instante, breves segundos, en el que se puede llegar a distinguir un punto verde sobre la posición del sol, solo si uno está enamorado.

### Imagen 4

Si observando esta imagen ha oído las confidencias de los caballitos de mar con sus cuerpos violetas es que usted persigue placeres que solo se dan en las profundidades. Dichos placeres hacen mención a la carne, el dolor y la alegría de sentir. Hay que dejarse balancear.

### Imagen 5

El azul Klein o azul ultramar que lanzaba el artista con espesores de pigmentos IKB contra la superficie blanca vertical u horizontal de sus lienzos nos revela el placer por las aventuras oscuras. No en balde Klein componía sus pinturas utilizando las marcas, las pistas, dejadas por modelos desnudas.

# FOCUS

PRE | OCUPACIONES

Consejo de redacción/  
César Martínez de Obregón  
Pepe Zapata  
Fèlix Riera  
Llucìa Homs

Dirección/  
Hänsel\* i Gretel\*

Diseño gráfico y maquetación/  
Rien de Rien Influence. S.L.

Copyright © 2019 FOCUS, S.A.  
Todos los derechos reservados.  
Ninguna parte de esta publicación  
puede ser reproducida o transmitida  
por ningún medio sin  
el permiso escrito del editor.

## ÍNDICE

---

P 05 Placeres ocultos / GINO RUBERT

P 18 El placer y el teatro / DIÁLOGO ENTRE ISABEL VIDAL Y CÉSAR MARTÍNEZ DE OBREGÓN

### EL PLACER DE LA CONTEMPLACIÓN

---

P 28 Diccionario del Placer / RAFAEL ARGULLOL

P 38 Observación del paisaje / Preguntas a CARME RIERA

P 40 En la isla de oro / CARME RIERA

P 48 Adonis / PEDRO AZARA

P 50 Cuando el arte nos hablaba de placer / XAVIER MARCÉ

P 54 Mis placeres en la historia del arte / VICTORIA COMBALIA

P 56 Cosquillas, acertijos y mariposas / ROSA MASSAGUÉ

### ESTRATEGIAS PARA COMBATIR EL PLACER

---

P 60 El placer en la emboscada / ANNA PAGÈS

P 62 Vale más aburrirse que entretenerse / MANUEL CRUZ

P 65 Un placer sin imágenes / ARMAND RIERA- ULYSSE LOJKINE

P 70 El placer y la alegría / MICHEL TOURNIER

P 74 Los placeres y los días / ALBERT LLADÓ

P 77 Virtudes públicas, vicios privados. Vicios privados, virtudes privadas... /  
MANUEL GUERRERO BRULLET

### EL PLACER QUE SURGE DE DENTRO

---

P 82 Ocio, negocio y placeres culpables / GISELA CHILLIDA

P 86 Instantes de placer / JUDITH COLELL

P 92 Cielos / MOKI AMAR

P 96 El cantar de los cantares / GUIDO CERONETTI

P 102 El placer de vivir / ÁNGELES CASO

P 104 Appétit de vivre / MARICEL CHAVARRÍA

P 108 Festival Sónar y el placer



César Martínez de Obregón



Isabel Vidal

# CÉSAR MARTÍNEZ DE OBREGÓN

Director de Arte y Contenidos del Grup Focus.

# ISABEL VIDAL

Gerente del Grup Focus.

## El placer y el teatro

### EL PLACER DE LA CONTEMPLACIÓN

*En el ámbito del placer, uno de los rasgos principales es el placer de la contemplación. Es decir, la capacidad que tiene el ser humano de obtener placer ante una obra pictórica, ante la arquitectura, ante una pieza musical. Un aspecto que queda cuestionado cuando vivimos un momento en que se prioriza la inmersión, ir en busca de experiencias y no dejar tiempo para la contemplación.*

**César Martínez:** En mi opinión el paradigma del placer está evolucionando y llevará consigo una transformación que incluso el teatro, que tiene más de 2.500 años, también sufrirá en su concepción y su modo de consumo, aunque siga consistiendo en la misma experiencia de sentarse en una butaca. Considero que estamos en un momento en que tenemos tantos impactos simultáneos que necesitamos vivir las experiencias desde dentro. Es decir, no nos conformamos ya sólo con ver una serie, una película o una obra de teatro. Necesitamos traspasar el escenario porque reclamamos muchos más estímulos. Nuestro cerebro necesita otro nivel de estimulación para poder disfrutar al mismo nivel que lo hacía antes.

**Isabel Vidal:** Hoy el espectador quiere una experiencia más inmediata, intensa, sorpresiva y que le provoque más rápidamente placer porque se encuentra inmerso en ella. Debemos observar este avance de las experiencias e interactividad en contraposición con el placer que provoca la reflexión que necesita de la liturgia (bajar la luz para que te concentres en un punto donde va a pasar algo). La búsqueda del saber lo facilita más un tipo de espectáculo que permita la reflexión que un tipo de espectáculo donde tú formas parte de la acción. Me parecen compatibles las fórmulas experimentales con el formato teatral tradicional. El poder del teatro es que el público está buscando entretenerse, pero también alcanzar un nivel de saber superior al que tenía antes de entrar en ese espectáculo.

**C.M:** Considero que hay géneros, como el drama, donde al público le puede resultar muy difícil realizar la inmersión que se propone en espectáculos como *Immersive* de Londres. El drama es un género difícil de sacar del contexto clásico. Claro que puede acabar siendo una experiencia inmersiva pero no hasta tal punto que la puedas llegar a vivir en primera persona, como podría pasar en cualquier otro tipo de género como con la ciencia ficción, la fantasía o el terror, que representan el gran auge en Europa de las experiencias inmersivas.

### EL PLACER DEL ESPECTADOR

*Yuri M. Lotman, especialista en literatura rusa de finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX, advertía “El arte requiere una emoción doble: olvidar que se trata de una ficción y, al mismo tiempo, no olvidarlo. Sólo en el arte nos puede horrorizar un crimen y deleitarnos por la interpretación del actor en el papel del criminal”*

**I.V:** Creo que sí tiene razón en que el desdoblamiento entre el texto y la interpretación llevan a que la perfección absoluta del placer del espectador es consecuencia de la perfección absoluta del espectáculo. La suma de un texto espectacular, una gran interpretación, una magnífica dirección y una puesta en escena impresionante acaba dando, desde mi punto de vista, el máximo placer intelectual.

**C.M:** La disciplina teatral tiene un factor importantísimo para esta separación que no tiene el cine: la cuarta pared se puede llegar a romper en varios momentos durante un espectáculo, pero siempre existirá aquel instante mágico dónde la separación se establece claramente, en el saludo final. Durante una experiencia teatral, ves al personaje y ves al actor. En el cine no puedes hacerlo. Cuando termina una función, el actor que rompe la cuarta pared, te interpela, te saluda y te da las gracias. Esto en cierta medida, te permite hacer esta separación: puedes diluirte en el espectáculo (como has dicho tú antes) pero al final acabas viendo a ese actor que previamente se había convertido en ese gran personaje, provocando los sentimientos o las emociones correspondientes del espectáculo que acabas de ver. Y creo que con el cine no lo recibes. Y en la disciplina en vivo, por ejemplo, la teatral, es un factor clave.

**I.V:** Al final, el espectáculo en vivo, a diferencia del espectáculo que disfrutas en otro formato que no te permite convivir con el artista en el mismo momento en que interpreta, te permite presenciar dos tiempos diferentes: el que tiene la escena y lo que estás experimentando tú en realidad. Confluyen los dos. El teatro te permite reconocer esta dualidad: la interpretación y el texto interpretado. Sin duda, un nuevo elemento de esfuerzo para aumentar el placer de la contemplación.

## EL ESPECTADOR EMANCIPADO

*Ya nadie puede aventurar que el espectador emancipado no pueda trastocar la jerarquía entre autor, obra, actor, espectador. Todo parece indicar que el salto del espectador de la butaca al escenario ya no es una cuestión de tiempo, ya ha ocurrido; borrar la frontera entre creador y espectador ya es una realidad. El espectador emancipado es a la vez un logro de los nuevos tiempos y una limitación para seguir aprendiendo del pasado, para unir la tradición y con la modernidad.*

I.V: El foco está en la curiosidad. La forma como presentamos y comunicamos los espectáculos puede ayudar al público a aumentar su implicación e interés (curiosidad) por el texto.

Se puede presentar un *Hamlet* con un solo actor, en un escenario todo vacío y concentrando una luz en ese personaje, y se puede presentar un *Hamlet* en formato musical. Son formas distintas de disfrutar de una propuesta artística, pero ambas conectan con un mismo factor: la curiosidad. El espectador que quiere vivir una experiencia verá unas cosas y el que quiere “gozar” del texto y del actor verá otra bien distinta. Lo importante, es que, en ambos casos, alcanzará un grado de placer.

C.M: Hay que tener en cuenta que el público ha evolucionado; hace sesenta o setenta años la escala formativa del espectador para apreciar o poder experimentar placer con un espectáculo teatral era distinta a la actual. Ahora hay muchas más escalas formativas en ese aspecto y la mayoría de la población está capacitada para apreciar cualquier tipo de disciplina artística. La escala formativa que tengo yo respecto a la que tiene otra persona puede ser totalmente distinta, quizás valoremos aspectos distintos del mismo espectáculo, y tal vez disfrutemos de niveles de placer distintos. Yo, por ejemplo, que veo teatro desde que tengo cinco o seis años, he tenido una escala formativa distinta a la que pueda tener un adolescente hoy en día, marcada claramente por el mundo audiovisual. En la disciplina teatral, vas viendo diferentes propuestas, vas nutriéndote, cultivando el alma y ello te incita a experimentar otras artes, como la pintura, la arquitectura o la escultura.

## EL PLACER DEL TEATRO

*Volvamos a esta idea de lo subjetivo en el placer. Por ejemplo, el placer más perfecto es el placer de calmar la sed. Calmar la sed produce un placer previo a la razón, que aflora desde una dimensión arcaica, ancestral y primitiva: tengo sed y bebo sin más mediación. El filósofo Rafael Argullol da en diana cuando observa “El placer de saciar la sed, es el placer del retorno al origen. Es un placer verdaderamente noble, importante, muy importante”. La necesidad se funde con el goce. El Teatro actúa como el agua que sacia la sed del espectador por conocer. El teatro siempre ha estado allí para saciar una sed. Tiene un efecto similar al del agua fría que descansa en una vasija a la espera de ser bebida por los espectadores sedientos de historias y emociones.*

C.M: Hay que tener en cuenta que el placer que provoca saciar la sed, al llevar consigo un punto de sufrimiento (porque al final si tienes sed, sufres hasta que la sacias), es similar al de ver teatro; porque, en cierto modo, no tienes por qué disfrutar la experiencia teatral desde el mismo instante en que se inicia la obra. El teatro exige esperar que la obra se desarrolle y alcance su clímax; es entonces cuando calmas la sed (intelectual).

En el instante en que decides ir a ver un espectáculo, adquieres una entrada y te sientas en la butaca, sabes que se inicia un sutil pero intenso diálogo entre el espectador y la obra. En el momento en que uno decide ir a ver una obra teatral queda atrapado por las expectativas, el deseo y el recuerdo, placentero o no, de la última obra vista, la idea que se forma en tu interior respecto a la próxima obra; todos esos pensamientos crean una pequeña pero placentera ansiedad, te generan sed. En definitiva, para que el placer sea completo debe haber siempre un punto de sufrimiento.

I.V: El placer es subjetivo, obviamente. Y evoluciona. Las formas de obtener placer cambian. Una coordenada indispensable para entenderlo es comprender que la forma en que lo obtenemos cambia en cada fase de nuestra vida. La subjetividad del placer también se transforma: no es lo mismo ser una persona joven, en plenas facultades físicas y con ganas de interactuar con el mundo que ser una persona de 80 años. Un autor que ha sabido mostrar el paso del tiempo es el escrito francés Paul Morand. En su libro *Venecias* advierte que los placeres del mundo van cambiando y hace una analogía con la transformación de la idea de Venecia como espacio mítico e inalterable.

## EL PLACER CÓMO TABÚ

*Cuando propones a la gente opinar sobre el placer la gente queda en silencio, hay una turbación, hay una certeza “si hablo un poco más, voy a descubrirte algo de mí” que convierte el placer en una palabra muda, en una palabra tabú.*

I.V: El placer, al tener correspondencia directa con lo físico, la felicidad, lo anímico y el deseo, siempre acaba hablando de uno mismo. De alguna manera es como desnudarse. El placer está ligado al cuerpo, que es el lugar donde se ha construido el tabú. No es otra cosa que el miedo a decir lo que uno siente. A menudo, la sociedad sanciona negativamente lo que no entiende y el placer es un término resbaladizo que afecta a la esfera de lo íntimo.

Puede que esta palabra, que nos habla de goce y alegría, se asocie a la esfera de los vicios y placeres inconfesables. El placer envuelve la vida hasta definirla como buena o mala vida. El vino, la comida, el arte, los viajes o el sexo nos acompañan siempre y esperamos alcanzar con ellos ciertas cuotas de placer. El Teatro forma parte de estos espacios donde queremos alcanzar una mayor conciencia de nosotros mismos. En contra de lo que parece, el placer nos hace más conscientes de lo que vivimos. Y, sin embargo, es cierto que yo nunca he utilizado esa palabra para decir, cuando he salido de un espectáculo emocionada y llorando, que ha sido placentero.

C.M: El término placer lo hemos convertido en una expresión genérica “oye ¡Qué bien me lo he pasado!” pero para eso necesitamos muchos más adjetivos, tenemos la necesidad de describir con exactitud el tipo de placer vivido. El placer es un término difuso e impreciso para designar emociones, pero expresa la culminación de un acto de comunicación. Se podría decir que el que exclama ¡He sentido placer! lo que realmente está expresando es ¡He vivido!

## REIVINDICAR EL PLACER

*Hay que preguntarse las razones por las cuales el teatro provoca placer en el espectador. Hay que situar el teatro como uno de los principales espacios para avanzar hacia el conocimiento. Revindicar el placer en un momento en que todo se acelera, donde la excitación gobierna las emociones, es un esfuerzo que nos ayuda a avanzar hacia propuestas teatrales cada vez más conscientes de su capacidad para comprender la realidad.*

**C.M:** Debemos preguntarnos si no vivimos de generar placer en el teatro. Nuestra empresa genera espectáculos que buscan que el espectador obtenga placer, cuanto más elevado mejor. Lo intelectual, lo físico, lo emocional determinan el campo donde se juega la atracción teatral. Atraer al espectador implica que éste salga del teatro conociéndose mejor o descubriendo aspectos de él que antes desconocía, o quizás no, pero sí saliendo distinto a como entro al inicio.

**I.V:** Nos preocupa la forma en que nosotros provocamos ese placer al espectador. Podemos dirigirnos al espectador para que obtenga un placer inmediato, de consumo exprés, con espectáculos de un determinado formato, o podemos proponer al espectador disfrutar de un placer más perdurable a partir de un teatro donde lo esencial, en el fondo, no es el formato de la producción sino lo que se está diciendo al espectador; un contenido que le haga salir de esa orilla de la certeza y cruzar el río, para entrar en la incertidumbre y avanzar en el conocimiento.

En esa dicotomía se centra el debate de los contenidos. Determinar lo que interesa, lo que no interesa. Decantarse hacia ese impulso más físico por la inmediatez o seguir apostando por un tipo de teatro, más complejo en sus aspectos formales y de contenido, que sugiere al espectador una mayor la reflexión.

**C.M:** En la anterior edición, el primer número de PreOcupaciones, nos centramos en cuestiones más reivindicativas y concretas. En la edición que estamos proponiendo sobre el placer queremos interrogarnos sobre el placer visual, el intelectual, el que provoca el análisis, porque la reflexión también genera placer en el espectador.

Habitualmente, el público que va al teatro, lo suele hacer en grupo. En cambio, al cine se puede llegar a ir solo. En el teatro se está en penumbra, mientras que en el cine hay oscuridad total. Lo que quiero advertir con esta apreciación, es que el placer no es completo si no se comparte y el teatro es una experiencia compartida. Además, hay que sumar a esto que la gran fuerza del Teatro estriba en la emoción que genera verlo en vivo. Su fuerza se despliega delante de nuestros ojos sin mediadores ni filtros.

**I.V:** Para mí el teatro es un gran estímulo para llegar a sentirse individuo en un momento de tu vida, aunque sea efímero. Durante dos horas tienes que apagar el móvil y eso ya te desconecta del mundo. Abre un espacio intelectual en el que somos conscientes de vivir una experiencia en soledad, aunque estemos acompañados. Una experiencia placentera incluso para aquellos que pueden tener problemas en su vida. En esos instantes de conciencia individual se puede obtener un placer que derrota por un momento todos sus problemas, por graves que sean.

Y es que nada puede superar el “directo”: poder tener al artista delante de ti en la misma sala, en ese momento. Ver su saludo agotado y satisfecho al final de la representación, poderlo aplaudir y en ese momento sentirte cómplice con el artista. Eso no pasa en ningún otro formato de exhibición de un espectáculo.

El teatro requiere al artista tener unas capacidades y unas habilidades reservadas para los mejores que pueden soportar y llevar adelante una obra en directo, con el texto memorizado, bajo la presión de la vida personal respecto a lo que va a interpretar. Lo mismo ocurre con la música en directo. No es lo mismo escuchar a un intérprete que verlo en persona. Allí descubres el talento del artista. Insuperable si el artista es bueno. Insoportable si no lo es.

**C.M:** Es ese instante. En ese instante tienes las dos cosas. En Broadway existen los stage door que son las puertas al escenario, las puertas traseras por dónde entran y salen los artistas. Esa rotulación no está para que los artistas sepan por dónde se entra; está para que el público sepa dónde tiene que esperar al finalizar la función. En ese instante, al finalizar la obra, puedes llegar a conocer al actor, a la persona que hay detrás. No solo has podido apreciar la interpretación del personaje, sino que, además, puedes llegar a conocer al artista en un mismo instante, en una misma experiencia, felicitándolo por su trabajo: “qué maravilla de función hemos visto esta noche” y recibiendo a cambio un “muchísimas gracias”.

**I.V:** Hablando de la mitificación del artista, nosotros tenemos el privilegio de trabajar con actores y actrices con absoluta normalidad. Pero para la mayoría de la gente, estamos ante un hecho excepcional. A las personas les provoca placer, no solamente ver al artista encima del escenario, sino también el simple hecho de poder hablar o saludar a un artista cuando acaba una función. Esa mitificación del artista, cuando se materializa en poder contactar con él, es una enorme fuente de placer para el público. Ese estado de felicidad lo relataba muy bien Stefan Zweig en su libro *El Mundo de ayer*.

**C.M:** Y no sé hasta qué punto el público, ese fan mitómano, está buscando la cumbre del placer máximo de aquel día, de aquella experiencia, cuando el artista agradece el aplauso. No sé si indirectamente, no creo que el público sea consciente, pero cuando aplaude mostrando admiración y respeto al trabajo de interpretación del actor y recibe el agradecimiento del mismo, es quizás en ese instante dónde recibe la culminación, el éxtasis total de la experiencia vivida.

Esa muestra de cariño final permite al público salir satisfecho y decir: “ya nos podemos ir”.

**I.V y C.M:** Qué placer hacer Teatro ...

EL PLACER  
DE LA  
CONTEMPLACIÓN



## Diccionario del Placer

por

### RAFAEL ARGULLOL

Un diccionario tiene como objetivo ordenar la realidad e incluso en algunos casos detener su avance. Hemos propuesto al filósofo y escritor Rafael Argullol que nos muestre los innumerables caminos que se abren al pronunciar el término placer. La experiencia, a caballo entre la entrevista, el diálogo y el encuentro, busca derrotar al diccionario que pretende detener el avance de la vida para apostar por otro que muestra el conocimiento de esta. La estrategia desarrollada ha sido, sin previo aviso al filósofo, lanzar una serie de conceptos sobre el placer con el objetivo de mostrar todo su potencial como morada, meta, experiencia, renuncia o exploración. El resultado es un diccionario de ideas sobre el placer con la mirada curiosa de su gato Ra que parece estar resuelto a lanzarse sobre las palabras para jugar con ellas.

[Conversación grabada en Barcelona el 12 de mayo de 2019]

#### **El placer y el sentido de la vida**

**Rafael Argullol:** Creo que fundamentalmente hay dos conceptos o dos ideas que aluden a sobredosis de vida. Uno es el dolor y el otro es el placer.

En un momento determinado, en un libro mío, evalúo el dolor ante la necesidad de definir el dolor pero incluso de definirlo desde el punto de vista médico o desde el punto de vista de la enfermedad.

Yo definí el dolor como una sobredosis de vida que en un momento determinado focaliza un territorio, en este caso un territorio del propio cuerpo.

Si yo tengo dolor de muela o de espalda, lo que hay es una hipersensación, esta sobredosis que se concentra en un sentido que nosotros juzgamos como negativo.

Simétricamente, pienso que el placer es también una sobredosis de vida, y esta es su relación con la vida, que es como exprimir la vida, cómo concentrarla, cómo esencializarla, en un determinado territorio, en un determinado ámbito, que generalmente nosotros vinculamos a los sentidos, sea en la clasificación clásica de los sentidos o sea a través de una “mixture” de los cinco sentidos tradicionales. Y a partir de aquí, nosotros definimos la vida a través de estos focos de placer que quizá nosotros captamos a través de la vista o a través del tacto, del gusto, del olfato. De alguno de los sentidos o de una mezcla de ellos.

Pero la mejor manera de entender el placer es entender también el dolor; y probablemente al revés: la mejor manera de entender el dolor es entendiendo el placer. Porque son completamente simétricos.

#### **El placer de la contemplación**

**R.A:** En general se ha tenido a los ojos como el sentido más noble. Probablemente el placer de la contemplación..., creo que todos los placeres tienen su momento, por lo tanto es difícil establecer una jerarquía escolástica de placeres y me parece bastante absurdo, ya que cada uno de ellos tiene su momento.

El placer de la contemplación depende en cierto modo también del ritmo. Yo diría que en la contemplación tanto podría haber lo que podría ser un placer casi espasmódico, es decir de algo que se contempla vertiginosamente, como algo que se contempla lentamente, lo que podríamos llamar con delectación.

La contemplación tiene esas graduaciones porque la vista es un sentido que por un lado capta con extraordinaria rapidez y nitidez, pero por otro lado a la vez capta a través de un estado de acecho. Cuando hablamos por ejemplo del *voyeur*, es alguien que tanto captura fulgurantemente algo como está al acecho a lo largo de mucho tiempo.

Esto en un sentido casi diríamos de captación cuantitativa y superficial, pero la virtud y la complejidad del placer de la contemplación, es que lo exterior se puede revertir hacia el interior y entonces el ojo exterior se comunica con el ojo interior y por eso la contemplación puede ser un placer muy superficial. Pero al mismo tiempo puede ser un placer muy profundo si se produce esa reversión desde el exterior hacia el interior.

El espectador se convierte en contemplador cuando hay esa simbiosis del ojo exterior y el ojo interior.

#### **El placer del recuerdo**

**R.A:** El recuerdo en general son fragmentos de una mitificación, de una transfiguración que hacemos de nuestra existencia. Lo que recordamos no es lo que sucedió sino aquello que se nos representa a través del mito de nosotros mismos, a través de la transfiguración que hemos hecho de determinadas acciones. Por eso la memoria y el mito tienen tanto que ver. A partir de ahí, el placer del recuerdo puede ser imbuido desde el ángulo de la nostalgia.

La melancolía sería, en cierto modo, un placer vinculado a la nostalgia. Es un placer ambiguo en el claroscuro, pero es un placer como la transfiguración y mitificación máxima del recuerdo. Sería convertir acciones del pasado en momentos áureos. Es decir, en edades de oro que se acostumbran a hacer tanto en la memoria individual durante la infancia como la memoria colectiva de las comunidades que tiende a ver el pasado como un paraíso perdido, como una edad de oro perdida.

El placer del recuerdo tanto es el extrañamiento y sofisticado placer de la melancolía, como esta transfiguración en momentos dorados de fragmentos de tu vida.

#### **El placer del tedio**

**R.A:** En una primera instancia el tedio sería todo lo contrario al placer. Porque si nosotros definimos al placer como una sobredosis de vida, el tedio sería la aplicación de lo que podríamos llamar, el estado de supervivencia. Entonces, a través del tedio, de la rutina, de la monotonía, nosotros entramos en una especie de encefalograma plano en el cual los placeres convulsos de esas sobredosis de vida parecen que no tienen cabida.

Pero visto desde otro lado, para muchas personas (y puede llegarse a comprender), la rutina, el orden monótono, etc., se convierten en un placer difuso porque les provoca seguridad y les aleja de la incertidumbre.

El momento de la pasión es un momento de placer intenso pero que es una mezcla de incertidumbre e inseguridad. Y la rutina es aquello que nosotros vemos como una especie de reloj que va repitiéndose a sí mismo y eso nos crea como unas murallas, como una fortaleza que crea también un placer difuso.

#### **El placer de detenerse**

**R.A:** Creo que el placer de detenerse siempre debe de haber sido muy importante porque en un momento determinado, detenerse es escapar a la propia inercia, al propio empuje que te produce el tiempo, el paso de los días, el paso de las horas.

En nuestro presente, el placer de detenerse parece un lujo muy refinado porque estamos acostumbrados a un mundo en que una de las frases más repetidas es “no tengo tiempo”.

Es decir, quien no tiene tiempo, no tiene espacio y quien no tiene espacio está sumido en una especie de vértigo circular. Vértigo que se autoconsume y si uno en un momento determinado es capaz de decir “detente” o “me detengo”, esto ya es un placer que roza el lujo. Y aquí nos podemos permitir recordar la condición que se autoimpone Fausto con Mefistófeles, el momento que yo diga: “Detente instante. ¡Eres tan hermoso!”, o sea la capacidad de detenerse puede ser de máxima belleza.

#### **El placer de comunicar el placer**

**R.A:** Creo que es un placer superficial el que acabas de indicar porque es un placer comunicativo. No es tanto aquello que tú experimentas por ti mismo, sino que es estar haciendo ya una representación.

Pondría el equivalente a la posibilidad de verdad que hay en una conversación a dos, o en una conversación a tres. En una conversación a dos, generalmente no se juega ningún papel en la representación y, cuando ya hay un tercero, un espectador, estás ya alejándote de la verdad para introducir el artificio y el simulacro. Entonces, comunicar el placer, tiene algo de artificioso.

### El placer infinito

R.A: El placer infinito es el infinito mismo. Esa noción inaprensible que siempre nos ha atraído, nos ha excitado desde el mundo antiguo, pero para el cual, obviamente no tenemos prácticamente lenguaje.

O sea, el infinito es una idea, pero es una idea que difícilmente se puede expresar. Quizá uno de los que mejor lo ha expresado, al menos poéticamente (porque Kant también habló y lo expresó pero en términos mucho más prosaicos), es Giacomo Leopardi en el poema "El infinito". El infinito es por un lado una sensación de quererte conectar con el todo, y por otro lado una sensación de abandonarte en la nada. El naufragio en ese todo y sentir la dulzura de ese naufragio. Eso sería el placer del infinito. Que yo lo calificaría como el infinito mismo.

### Placer o felicidad

R.A: Si placer es un término muy difícil de fijar porque ha sido usado *ad nauseam*, la felicidad aún lo es más. A mí la única definición que me merece un poco de respeto de lo que le llamamos felicidad, es lo que los griegos llamaban *eudaimonía*, que quería decir un buen destino, un buen daimon, en realidad una buena relación contigo mismo. Una buena concordancia contigo mismo.

Si definimos la felicidad como esa buena concordancia contigo mismo, el placer puede ser una de las piezas que ayudan a esa concordancia, pero también puede ser una de las piezas que ayudan a destruir esa concordancia, porque el placer se mueve mucho más en el filo de la navaja y entonces tiene la doble posibilidad. La concordancia que los griegos la entendían como una concordancia con uno mismo que equivalía también a la construcción del carácter y la construcción de la ética.

Entonces, el problema del placer es que tanto puede ayudar como subvertir esa concordancia porque si el placer implica un movimiento positivo desde el punto de vista de la propia conciliación, ayuda.

Si el placer, como sucede muchas veces, el placer sexual, el placer de la comida, en la mayoría de los placeres, implica un desequilibrio, que tú sigues un camino de desequilibrio rompes ese equilibrio del buen vivir.

### Placer o esperanza

R.A: Diría que la esperanza está muy vinculada al término ilusión. El término ilusión está muy vinculado a la doble dimensión. De fantasmagoría por un lado, una ilusión, y por otro lado de avanzar en una determinada dirección. Entonces el placer es uno de los impulsos a la vida que se producen como hemos dicho antes, por esa sobredosis de vida y en ese sentido, contribuye a la esperanza. Pero sucede lo mismo que decíamos con la felicidad. El placer implica la aceptación de una parte oscura del placer de alguna manera va en contra de esa esperanza.

El placer es una incitación a la esperanza porque también es una incitación a la ilusión; pero como toda ilusión, toda fantasmagoría, tiene ese lado negro, oscuro o decaído o de descenso. Evidentemente el placer puede ser una incitación a la esperanza pero también puede ser una frustración de la esperanza.

### Placer o deseo

R.A: Así voy, *ebriamente del deseo al placer y en el placer me consumo por el deseo*. Depende de la mentalidad de cada uno. Si uno tiene una mentalidad más bien romántica, preferirá el deseo al placer porque es mucho mejor la tensión anterior a la posesión, que la posesión misma. Porque la posesión misma, al poseerse, deja de crear deseo y deja de crear ilusión; y en cambio mientras existe el deseo es como una especie de *work in progress* que te mantiene incitado y te mantiene excitado. Ahora bien, si la mentalidad es más bien pragmática, evidentemente te dirán que más vale pájaro en mano que ciento volando, es decir que es mejor la posesión que el deseo.

El deseo es siempre una conexión del presente con el futuro, mientras que la posesión es una conexión del presente con el pasado, es algo que en el momento mismo que se tiene, se está dejando de tener. En cambio, cuando decimos deseo, siempre estamos proyectando hacia el futuro. Ahora bien, es un futuro incierto, un futuro vaporoso, pero depende. Yo casi diría que a veces depende del estado del ser humano.

Podemos tener estados más pragmáticos, utilitarios o estados más románticos, es decir, incluso momentos del día en que nosotros nos inclinamos por el deseo y en otros que nos inclinamos por la posesión o por el placer, por el placer en sí mismo. Es un poco como si nosotros nos inclinamos por una música. Los melómanos tienen periodos musicales vinculados a los momentos del día, y a veces a los estados de ánimo.



**El placer de la desesperación**

R.A: El placer de la desesperación en términos moderados sería para mí una de las definiciones de melancolía, que es de los estados más difíciles de definir y que sin embargo, más han atraído al ser humano si consideramos por el hecho que ya habían estatuillas egipcias con la iconografía de la melancolía.

El placer leve, moderado o más o menos fuerte de la desesperación sería la melancolía.

El placer más intenso de la desesperación es lo que los alemanes llaman *freitod*, es decir, muerte libre y que nosotros llamamos suicidio.

**El placer de la belleza**

R.A: En realidad, lo que llamamos el placer de la belleza es un deseo. Es el deseo y nos conviene vincularlo a la relación placer-deseo que hemos hecho antes. La belleza en realidad es el deseo de belleza. La belleza nunca se posee. No hay posesión. La grandeza y también el miedo que produce la palabra belleza y bello y por eso tendimos a eliminarla de nuestra lengua cotidiana es porque la belleza es siempre un estado de deseo que no puede poseerse, no puede cuantificarse. Por eso nos produce belleza una mujer, un crepúsculo, una obra de arte... Pero no porque poseamos (ni el cuerpo de la mujer, ni el crepúsculo ni la obra de arte), aunque la compremos, la podremos poseer. La belleza es siempre, yo diría, el deseo de belleza, el anhelo de belleza. Es un estado móvil, y además no es un estado nunca definitivo ni constante ni permanente.

**El placer de poseer**

R.A: Es un placer muy efímero. Es el más efímero, es todo lo contrario a lo que acabamos de expresar. Mientras el de la belleza al ser definido por mí al menos, por deseo de belleza, es digamos, móvil, constante, recuperable. El placer de la posesión es un placer a corto plazo, evidente y que se autoconsume en el propio acto de la posesión. Por lo tanto, es el efímero por excelencia.

**El placer de la confianza**

R.A: Es un placer menor porque está vinculado casi exclusivamente al placer que proporciona la vanidad. Entonces siempre me hace recordar aquella anécdota de un torero famoso en un hotel de Madrid, que acababa de seducir a una actriz muy famosa y que cuando todavía estaban en la cama y prácticamente no habían realizado debidamente lo que tenían que realizar, se levantó y salió corriendo porque tenía toda la cuadrilla esperando abajo y entonces ella le dijo, “¿dónde vas?” y él respondió, “a contarlo”. Por lo tanto, el placer de la confianza es el placer de la vanidad.

**El placer de mirar**

R.A: El placer de mirar sería distinto al placer de la contemplación si nosotros sabemos distinguir entre mirar y ver. Actualmente en la época del turismo de masas y en la época de los museos masificados, hay una enorme cantidad de movimientos vinculados con el mirar pero muy pocos vinculados con el ver. El placer de mirar es un placer menos rico, menos complejo, menos intenso que el placer de ver y que el placer de contemplar.

Antes definíamos la contemplación como la posibilidad de ir del ojo exterior al ojo interior y del ojo interior al exterior, es decir una especie de vasos comunicantes. El placer de mirar se queda detenido en el ojo exterior pues es un placer inferior y menos complejo que la contemplación.

Es un poco la diferencia que podemos establecer entre la experiencia de viaje que proporciona un viaje en el que tú vas decidiendo, en el que tú vas eligiendo, que sería el placer de ver, de la contemplación, y un viaje que te lo han organizado todo, que sería el placer de mirar.

**El placer de venganza**

R.A: No soy muy objetivo en la respuesta porque hay toda una serie de pasiones que generalmente se llaman negativas, en las cuales soy poco constante.

Respecto al placer, por ejemplo, del odio, el placer del resentimiento, el placer de la venganza, soy poco constante porque tengo mecanismos de amnesia que hacen que la ofensa, que es muy viva a corto plazo, se disuelva en el medio plazo. Entonces para vivir bien el placer de la venganza, como el placer del odio, tú tienes que ser constante y tener una capacidad de largo plazo, de mantener viva la idea de la ofensa y la idea de vindicación de esa ofensa.

Pero saliendo del caso personal, creo que quienes están inducidos de la pasión y del placer de la venganza es algo casi de sedimentación biológica, es decir, es un placer muy lento, es un placer dosificado, es un placer del gota a gota.

Así como hay placeres que son un chorro, que son un manantial, este sería el placer del gota a gota y está muy vinculado a caracteres y a espíritus o almas. Están también muy vinculadas a esta idea de dosis tras dosis, tras dosis; una constancia, una permanencia, una incapacidad muchas veces de olvido, una incapacidad de volver a que la vida mire hacia el futuro en lugar de estar constantemente vinculada al pasado.

Todo lo que hemos dicho, venganza, odio o resentimiento, siempre exige una preponderancia del pasado en el presente. Siempre. De no lograr tener esa preponderancia, entonces no logran mantener este tipo de placeres.

**El placer sexual**

R.A: El placer sexual por un lado puede entenderse como la culminación de lo erótico, creo que sería este el buen entendimiento del placer sexual, como culminación de un proceso, el proceso de Eros.

Pero un mal entendimiento del placer sexual podría ser una sustitución de lo erótico. Con eso quiero decir, como culminación de lo erótico, sería aquella posesión que es la prolongación del estado de deseo, como sustitución del erótico es aquella que sustituye al deseo. En ese sentido, es un territorio resbaladizo, hay gente que no quiere distinguir entre lo erótico y lo pornográfico; pero si entramos en la distinción, lo erótico sería aquello en lo cual se produce este deseo constante, en el que sabes que la posesión o es muy transitoria o es imposible; y lo pornográfico es la fantasmagoría que estás poseyendo un fragmento tras otro, que siempre estás poseyendo. Lo sexual depende de si lo entiendes como culminación de lo erótico o como sustitución de lo erótico.

**El placer del poder**

R.A: El placer del poder creo que tiene mucho que ver con la sustitución repentina del complejo de inferioridad y de la timidez que tiene todo ser humano. De repente, el poder aparece como la gran coraza ante la incertidumbre, contra la inseguridad, contra el miedo, y en ese sentido produce una sensación de afirmación que mucha gente puede confundir con el placer. Es un poco como lo que antes hablábamos de la vanidad. ¿El poder produce placer? No lo sé. El poder lo que sí es cierto es que te defiende del miedo.

Si definimos al hombre como miedo más esperanza, el placer te atempera el miedo y por otro lado te suscita la idea de que aquello que en estos momentos estás teniendo es lo que esperabas. Pero yo no sé si la palabra exacta para el poder es el placer.

**El placer de calmar la sed**

R.A: Creo que debe ser de los placeres más profundos, no solo de los más obvios, de los más profundos. Creo que es un placer que nos retrotrae en toda la escala de la evolución de la vida, nos retrotrae prácticamente al principio de la vida. Por esto es obvio pero es profundo. A través del instinto nos lleva a las raíces de nosotros mismos, al origen. El placer de desafiar la sed es el placer del retorno al origen. Es un placer verdaderamente noble, importante, muy importante.

**El placer y dolor**

R.A: Creo que están íntimamente relacionados, no solo por el tópico que en todo placer hay, evidentemente, un camino de dolor y viceversa, sino por lo que he dicho al principio. En los dos casos, se produce muy claramente un exceso de vida.

No llegué a esta idea del placer hasta que tuve que pensar por razones personales sobre el dolor físico. Entonces me di cuenta que el dolor físico es este exceso de vida y me di cuenta que era completamente simétrico al dolor, con lo cual, el intercambio de funciones entre dolor y placer, es un proceso natural.

**El placer de los paraísos perdidos**

R.A: Es a la fuerza uno de los placeres más universales porque en todas las mitologías hay la idea del paraíso perdido o de la edad de oro perdida. Si juntáramos todas las mitologías tendríamos los *selfies*, los autorretratos del ser humano y en todas ellas aparece el paraíso perdido. Necesitamos el paraíso perdido para vivir y para seguir viviendo, entonces la evocación del paraíso perdido ha sido un placer muy universal.



### **El placer y el vino**

R.A: Para los gustadores del vino creo que es uno de los placeres también más refinados, el vino te proporciona por un lado una de las cosas que siempre aspira el hombre en determinado momento, que es el éxtasis. Lo que Schopenhauer o Nietzsche llamaron romper el principio de individuación, es decir, salirte de tu piel te produce este éxtasis. Salir de la cárcel, de los límites de la piel y por otro lado te produce algo que los místicos llamaban abandono. O sea, las dos grandes fases de digamos, la borrachera o de la embriaguez van vinculados con ese salir hacia fuera extático y con ese abandono. Además tiene una gran complejidad. En él se ven claramente el mecanismo de todos los placeres porque entrado claramente a través de un sentido, que es el gusto, el sabor; tiene luego una especie de extensión universal dentro de ti mismo. Tiene una puerta de entrada pero luego se apodera de toda la casa.

### **El placer de lo oculto**

R.A: El placer de lo oculto, que yo llamaría, quizá mejor, el placer del enigma, es muy parecido al placer que produce el *striptease*, porque el enigma quería decir lo que se vela y se desvela al mismo tiempo. Entonces, ¿por qué el *striptease* tiene una carga erótica muy superior a la desnudez integral de una playa nudista? Porque es el enigma. Es el velar y desvelar, que es lo que tensa nuestro erotismo. Lo mismo ocurre con lo oculto o con el enigma, es decir, si todo está en un estado de visibilidad continua, la atracción disminuye. En cambio, lo oculto es la insinuación de cosas no visibles que pueden ser casi interminables, como la montaña del iceberg, nosotros vemos la punta de la montaña pero la montaña sumergida es lo realmente peligroso. Pues bien, en lo oculto pasa lo mismo. Lo visible es lo que vemos pero lo invisible es lo realmente atractivo.

### **El placer espiritual**

R.A: Soy monista, partidario de una unidad de lo corpóreo y de lo espiritual. Creo que el placer espiritual es el placer corporal llevado a la máxima tensión. El arco de la máxima tensión corporal, es lo espiritual.

El espíritu es el cuerpo sometido a su máxima tensión, por lo tanto también a su máxima liberación, a su máximo placer, también a su máximo dolor. Esto es la dimensión espiritual.

### **El placer material**

R.A: El placer material, si lo identificamos con la posesión, ya lo hemos abordado antes. Si lo identificamos con la materia, en el sentido de algo vinculado al sentido del tacto, creo que es un placer muy interesante desde el punto de vista de la memoria.

Un ejemplo personal: yo siempre que voy en algún lugar en el que hay material que me parece particularmente atractivo; esto me sucede por ejemplo si voy a unas ruinas, a un templo pero también en casas de madera, hay toda una serie de materiales que a mí me atraen mucho. Entonces lo toco y tengo la sensación que en mi memoria voy estableciendo una especie de tela de araña a partir de estos tocamientos. Por esto creo que es ridícula la idea de los rotulitos que hay en los museos de no tocar las esculturas, porque las esculturas están para ser tocadas, para vivir el placer. Y en este sentido, otra experiencia personal de la que hablé en "Visión desde el fondo del mar" fue una vez que fui al museo para ciegos, un enorme museo que tienen en la ONCE, a las afuera de Madrid y que es un museo en el que están a escala desigual grandes estatuas y edificios de la historia de la humanidad pero para ser tocados. Fui un día porque quería escribir una experiencia vinculada a la ceguera, no había nadie en el museo y el hecho de poder experimentar el tacto como un sentido mucho más privilegiado que lo que le otorgamos los que tenemos visión, me hizo ver la importancia y la nobleza del sentido del tacto.

### **El placer de jugar**

R.A: Es como desafiar la sed, el placer de jugar.

Nosotros creo que en este momento somos sujetos de trabajo pero durante toda este encuentro nos está acechando un gato que lo único que hace es jugar y comer, jugar y comer; y cuando le llegue el celo pues también tendrá relaciones sexuales.

La idea del juego, junto con saciar la sed y quizá el hambre, son las ideas esenciales que nos llevan a nuestros arcanos, o sea a lo arcaico. Por esto, nosotros en realidad, nos pasamos la vida jugando; y ahora mismo estamos conversando en una supuesta entrevista pero esto es un juego. Todo aquello que nosotros experimentamos como juego nos eleva, y todo aquello que experimentamos como trabajo, nos hunde.

### **El placer de reír y llorar**

R.A: El placer de reír lo subdividiría en dos placeres. El placer de sonreír vinculado a la ironía y a la inteligencia, y el placer de reír vinculado a la una especie de desbordamiento extático. Antes me he referido a él. En cambio, me parece que muchas veces que la gente se queda entre los dos polos, que ni es el placer de la inteligencia ni es el placer de la libertad, la extática, sino que es una cosa borrosa intermedia.

El placer de llorar son formas que pueden estar vinculadas o bien a la melancolía o bien al dolor o bien a la alegría. La alegría puede hacer llorar de la misma manera que está vinculado el dolor y el placer. Por lo tanto puede existir el placer de llorar pero las fuentes de ese placer creo que son claramente distintas.

### **El placer de vivir**

R.A: Creo que este juego de figuras retóricas ha salido durante toda la entrevista, el placer de vivir tiene que ir muy vinculado a la posibilidad de proyectar el presente sobre el futuro.

Es decir, en el momento en que nosotros solo proyectamos el presente hacia el pasado, generalmente lo que hacemos es sobrevivir y cuando solo lo hacemos sobre el mismo presente, quizá vivimos pero con una inquietud permanente por perder este presente. Por eso es cierto (creo yo), que el equilibrio de la eudaimonía sería vivir como si fuera el último día y al mismo tiempo vivir como si fuéramos eternos. Porque vivir como si fuera el último día, tú intentas extraer todos los jugos de la vida y vivir como si fueras eterno te permite hacerte toda una serie de proyecciones, sin las cuales no habría existido ni el arte, ni la cultura, ni la civilización ni nada.

### **El placer del placer**

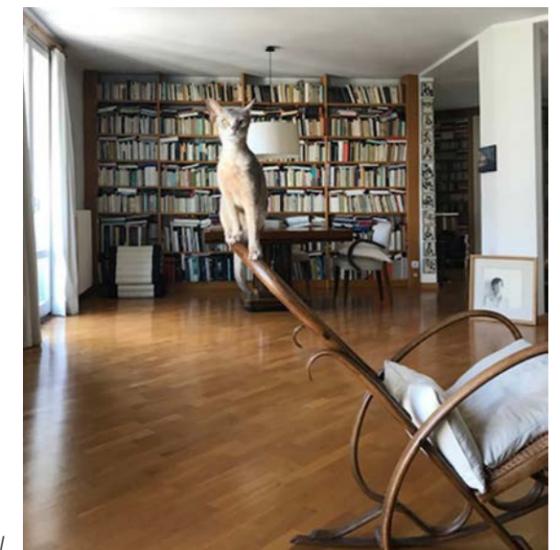
R.A: El placer del placer es lo que justifica toda la entrevista que estamos teniendo. Sin el placer del placer, lo que llamamos vida, sería como un fantasma. Quizá la vida sea fantasmagórica pero nosotros hacemos que esta ilusión se convierta en encarnación gracias al placer del placer. Gracias a que creemos en la posibilidad de placer. Por lo tanto, esa creencia en la posibilidad del placer, esa fe en el placer, es en sí mismo quizá el mayor de los placeres.

Félix Riera: Muchas gracias Rafael por tu tiempo.

R.A: Gracias a ti.

F.R: Y todo este material intentaremos ordenarlo desordenadamente en un diccionario del placer.

Rafael Argullol es poeta, ensayista y Catedrático de Estética y Teoría de las Artes en la Facultad de Humanidades de la Universidad Pompeu Fabra. La ópera *L'Enigma di Lea* con texto de Rafael Argullol se ha estrenado en 2019 en el Gran Teatre del Liceu.



*Ra, el gato de Rafael Argullol*

## Observación del paisaje

### Preguntas a CARME RIERA

**1.-** *Hace unos días me comentabas que el modo de ser de los mallorquines estaba marcado por una particular visión del entorno en el que viven que los hace proclives al placer. Comentabas que el placer de la contemplación era una de las causas del carácter mallorquín. El mar, los cielos azules, las noches donde se alcanzan a ver las estrellas, la comida y el ritmo lento de la isla son algunas de las deliciosas distracciones que llevan a evocar una isla como entorno generador de placeres y gozos. ¿Podrías seguir el hilo de este sugestivo argumento que me indicabas alrededor del placer?*

Creo que haber nacido en un lugar tan bello como Mallorca hace que los mallorquines nos sintamos proclives para el disfrute de la belleza de nuestro entorno. A veces ese disfrute consiste simplemente en mirar, en contemplar el mar siempre cambiante, en el que es imposible dejar rastro alguno, la naturaleza, las noches estrelladas o los almendros en flor. A muchos de los mallorquines lo que más nos gusta es mirar. Somos contemplativos más que activos, algo que a veces no resulta demasiado positivo. Fíjate que cuando se nos pregunta en nuestra lengua, el catalán de Mallorca: ¿Cómo estás?, contestamos “anem passant”, vamos pasando. Los catalanes, en cambio, contestáis “anem fent”, vamos haciendo. Entre pasar y hacer hay una gran diferencia...

**2.-** *En el texto “En la isla de oro”, que los lectores podrán disfrutar a modo de apuntes tras esta breve entrevista, destaca un aspecto literario clave para adentrarse en él, que consiste en que el conocimiento y la erudición que despliegas tiene su esencia en el disfrute de la escritura, del saber, del descubrimiento. ¿En qué grado el placer de conocer, de descubrir, cambia el conocimiento de las cosas?*

Sin el placer de descubrir no hay posibilidad de llegar a conocer el misterio de las cosas. Para mí nada hay más placentero que iniciar un camino, porque no hay placer que iguale el placer del inicio.

**3.-** *El mar, el horizonte, una puesta de sol o la caída de las estrellas en la noche de San Bartolomé son vividos con placer. ¿Dirías que el placer no es solo individual sino también colectivo? Colectivo en la medida que a todos nos produce placer la caída de un atardecer.*

No lo tengo tan claro. A mí la caída del atardecer me produce una cierta tristeza. Manuel Machado describió un atardecer haciendo referencia a que “el sol, no queriendo morir, de los acantilados se prendía”. Ese momento es casi agónico, por muy bello que pueda parecer. Además no todo el mundo siente placer ante la naturaleza. Hay gente que prefiere una discoteca atiborrada a una noche de luna llena.

**4.-** *¿Crees que el placer que procura una isla es muy distinto al de una ciudad del interior?*

Sin ninguna duda. El mar que rodea y lo que ese mar supone tiene poco que ver con el interior. La tierra adentro puede ser bella, sin duda, pero su belleza es distinta. Ahora bien, hay paisajes urbanos estupendos. Mi predilecto es el de la ciudad de Chicago, donde viví. Chicago es una ciudad arquitectónicamente fascinante.

**5.-** *Se ha hablado mucho de los resortes de la creación, de cómo llega a nosotros la inspiración. Algunos artistas, como Miguel Ángel, hablan de dolor y tormento al crear y otros, como Paul Morand, gozan al hacerlo. ¿Dónde te sitúas tú como creadora?*

Depende, a veces, si las cosas fluyen, si soy capaz de decir lo que quiero decir de una manera más o menos digna, lo paso bien. Otras lo paso fatal, cuando me doy cuenta de que entre la realidad y el deseo hay un abismo.

**Carme Riera** es escritora, Catedrática de Literatura Española en la Universitat Autònoma de Barcelona, Premio Nacional de las Letras Españolas y miembro de la RAE. Autora de *Venjaré la teva mort/ Vengaré tu muerte* (2018).



Otro aspecto de la desembocadura del Torrent de Pareis, que se sitúa entre La Calobra y el Morro de Sa Vaca.



Hotel y playa Formentor



Costa norte de Pollença

recordar que Colón, al desembarcar en las Antillas, piensa que ha descubierto las «Islas Orientales» porque hacia ellas dirigía sus naves, ni hasta qué punto trata de ajustar la realidad encontrada a la que él trajinaba en su cabeza (Gil, 1992: 22). Son los modelos literarios de las ficciones, arraigadas en la mentalidad de las gentes, los que facilitan a quienes se enfrentan por primera vez con los nuevos espacios una mayor y mejor posibilidad de adaptación. A menudo los relatos de los viajeros se acomodan, más que a la descripción del espacio encontrado, al espacio que imaginaban encontrar.

La ficción literaria desempeñó un papel fundamental también en el momento de nombrar los territorios conquistados. Así ocurre, por ejemplo, con las islas de Lanzarote, bautizada en honor del famoso *Lancelot du Lac*, y de Fuerteventura, que alude a pasajes de las novelas de caballerías, lectura usual en la época de los conquistadores de las islas Canarias, que serían conocidas con el nombre de Islas Afortunadas en homenaje a las *Fortunatae Insulae*, de tanta raigambre clásica. E igualmente ocurrirá con los nombres dados a los nuevos territorios encontrados en América: California o Miraflores no son arbitrarios. El primero corresponde a la reina de las míticas amazonas y el segundo procede del palacio de Oriana, la amada de Amadís de Gaula. La visión de las islas reales va a ser claramente mediatizada por la de las ínsulas de la ficción. Todavía hoy todos tenemos presentes, por lo menos, dos: la que don Quijote promete a Sancho y las «ínsulas extrañas» del bellísimo *Cántico espiritual* de San Juan de la Cruz, que dará título al poemario del peruano Emilio Adolfo Westphalen aparecido en 1933.<sup>45</sup>

## EN LA ISLA DE ORO

Las islas son esenciales en la *Odisea*. El mar de Ulises es un mar de islas y sus aventuras ayudan a configurar el concepto mítico que subyace tras ellas. Homero es el primer *poseur d'îles*, además del promotor del conocimiento geográfico (Bénaï Tachot, 2001: 83). Entre todas las islas que pueblan el relato homérico es la Esqueria de los feacios la que cobra una importancia mayor en aras del desenlace de las peripecias: Ulises encuentra a Nausica, cuenta sus aventuras, lo que le convierte también en el primer viajero narrador de su propia peripecia, y, tras desvelar su verdadera identidad, puede por fin regresar a Ítaca. Esa Esqueria ideal, cuyo suelo feraz ofrece a sus hospitalarios habitantes la posibilidad de vivir de los frutos que una naturaleza ubérrima les regala, deviene arquetípica.

Pero ni siquiera es necesario haber leído a Homero para perpetuar las referencias utópicas que la insularidad comporta; basta asomarse a textos más modernos, como *Salambó*, tal y como hace Rusiñol cuando, al iniciar el primer artículo sobre su viaje a Mallorca, publicado en *La Vanguardia* (16/03/1893), recuerda hasta qué punto le ha motivado para buscar una isla el fragmento en el que Matho asegura: «Yo sé de una isla cubierta de polvo de oro, de pájaros y de ventura, repleta de belleza, de flores, de frutos que no hay que cultivar y cuyo aire suave impide que llegue hasta allí la muerte» («El viaje», 1999: 33). El pintor catalán dirá adiós a Mallorca, tras dos meses de permanencia, entre marzo y mayo de 1893, en un último artículo (*La Vanguardia*, 13/05/1893), en el que escribirá que finalmente ha comprendido el significado de la palabra *isla* y es capaz de figurársela:

pequeña [...] íntima, risueña como un huerto en una primavera, tranquila como un oasis, en vez de estar la crey rodeada de silencio, de un silencio scoldiano que no dejaba llegar las voces embriagadas de aquellas peñes contiguas [...] y me imaginé dormido en una hamaca de flores, viviendo del aire del cielo y libre de perfidias y maldades de los hombres («Despedida», 1999: 67).

El arquetipo isleño deja sin duda su huella en estas poesías líricas, en las que conservan las viejas referencias del tópico de la Edad de Oro.

Antes de que Rosalía leyera Salasó, José Buenaventura Laurina, igualmente pintor y escritor, además de músico, cuenta que, sojando casualmente un cuaderno de esos *libros* tan soñadores y tan melancólicos de Beethoven, ha encontrado el célebre «Canto de Mignon» de Goethe: «¿Conoces la tierra donde florecen los lirios? / ¿Donde maduran los frutos de oro de los naranjos? / En el aire de fuego languidece el mirto verde, / Y la palmera se eleva, alta y orgullosa» (Laurina, 2006: 26). Los versos de Goethe, de los que ya he tratado, funcionan como reclamo y, aunque no se refieren a un lugar concreto ni mencionen isla alguna, Laurina los considera premonitores —«la isla de los frutos de oro se me apareció con el aspecto más brillante» (2006: 26)— y motivan, en gran parte, su viaje a Mallorca.

La isla sí había sido calificada de «dorada» por Girard de Saint-Sauveur (1952: 52), a causa de los bosques de naranjos dorados, en su libro *Voyage dans les Îles Baléares et Péninsule, dans les années 1801, 1802, 1803, 1804, 1805 (1807)*, que Laurina había leído y del que lo toma seguramente Sarah: «Mallorca, llamada por los antiguos la Isla Dorada, es

extremadamente fértil y sus producciones son de calidad exquisita» (1952: 14).

Pero habría de ser Rubén Darío, que viajó a Mallorca en dos ocasiones, la primera en noviembre de 1906<sup>66</sup> y la segunda en 1913<sup>67</sup>, quien, a sabiendas o no de esos antecedentes, se encargara de difundir la apelación «isla de oro» en unas notas de su primera estancia mallorquina, que, en forma de artículos, fueron apareciendo en el periódico *La Nación*<sup>68</sup> y, más tarde, durante su segunda estancia, en *El oro de Mallorca*, una autobiografía novelada inconclusa que toma muchos aspectos de *La isla de oro*, variándolos solo en parte. ¿Por qué tanta insistencia? Es cierto que Darío alude en su obra muy a menudo al oro, no solo como referencia al metal precioso que implica valores positivos, sino al conjunto de elementos místicos con que la tradición hermética le ha dotado, y también al concepto de isla, como espacio simbólico primordial, firme frente a las embestidas del mar y estable frente a las inestables corrientes, olas o mareas oceánicas, tal y como la crítica ha venido poniendo de manifiesto (Marasa, 1996; Sepme, 1975; Joadó, 1985).

Rubén Darío, como otros poetas modernistas, se interesó mucho por el misticismo; en ese sentido, creo que no es por casualidad que los títulos de los dos textos sobre Mallorca aúnen la isla y el oro, dos conceptos ligados a la tradición hermética. *La isla de oro* y *El oro de Mallorca* pertenecen, sin duda, a un género híbrido que mezcla crónica y autobiografía e, igual que ocurre con la literatura de viajes, se nutre de numerosos elementos intertextuales propios y ajenos, a veces asociadas con el plagio.<sup>69</sup>

El hecho de que no sepamos si Darío terminó sus dos relatos mallorquines y, si los terminó, podamos dar con la par-

te desconocida no nos permite consolidar la hipótesis de que su interés por unir ambos conceptos simbólicos, oro e isla, tuviera que ver con el deseo de que la catarsis en Mallorca se pusiera tanto para el protagonista sin nombre de *La isla de oro* como para el músico Benjamín Jopeles, personaje principal de *El oro de Mallorca*, la curación de sus males físicos y su salvación anímica. Solo en el espacio sacral que la isla comporta, el dios Apolo podría derramar su oro sobre ambos y propiciar una total regeneración del cuerpo y del espíritu. Darío, cuyo sincretismo religioso se evidencia en su obra, busca también en la fe de su infancia el remedio y eso confirma su necesidad, durante las semanas pasadas en Valldemosa, de confesarse; a su vez, justifica que el hábito de castaño,<sup>20</sup> que viste durante unas horas, no sea un mero disfraz, ni mucho menos «una manera irrespetuosa en la tierra sagrada de Raimundo Lulio, para quitar la losange», como sapienter Salaverría (1928: 16).

La recurrencia de los títulos *La isla de oro* y *El oro de Mallorca* prueba, me parece, que el particular vellocino rubicundo se halla en una isla concreta encontrada por el poeta en un primer viaje, y a la que regresa por segunda vez con un rotundo deseo de renovación.

Ya en la primera línea de *La isla de oro* se menciona al «argonauta del inmortal ensueño» y se reproduce casi textualmente el inicio del «Coloquio de los centauros», interpretado como poema esotérico (Orriaguer, 2002 y Bonak Chávez, 2006):

En la isla que detiene su esquiife el argonauta  
del inmortal Ensueño, desde la tierra pura  
de las estornas liras se escuchó —isla de oro  
en que el trión elige su catacael sacro

y la sirena blanca va a ver el sol— un día  
se oye el tropel vibrante de laerra y de armonía.  
*Opus profano y sus poemas*, 1952: 2021.

Como puede observarse, en de estos versos de donde procede la profanización del primer artículo sobre Mallorca, enviado al periódico *La Nación*:

He aquí la isla en que detiene su esquiife el argonauta del inmortal ensueño. Es la isla de oro por la gracia del sol divino. Venida de oro apolíneo la vieron los antiguos portadores de la cultura helénica y los navegantes de Fenicia que, adelantados de Hércules, le abrieron templos en tierras españolas; y que al llegar a esta prodigiosa región creyeron sin duda encontrarse en un lugar propicio a los dioses fecundos y vivificadores (Darío, 2001: 175-176).

La imitación en el oro como atributo de Mallorca lleva a Darío a poner en boca de la interlocutora del protagonista literario, lady Perhaps, la siguiente afirmación: «En ninguna parte he visto mayor triunfo de la magnificencia solar y mayor derrame de oro, de oro del cielo, de oro homérico» (2000: 177). Y a reiterar, en los poemas<sup>21</sup> y prosas escritas en Mallorca y sobre Mallorca, el binomio oro-sol que, incluso de tanto saltar, saltaba, alguna vez, en vano.

También Urquiano, que visitó Mallorca durante el verano de 1916<sup>22</sup> y escribió sobre Mallorca cuatro artículos,<sup>23</sup> titula el primero de ellos «En la calma de Mallorca», en sintonía con Santiago Rusiñol, y el segundo, con un guiño a Darío, «En la isla dorada»; además, se refiere en numerosas ocasiones a la «isla de oro» como sinónimo de Mallorca. Los textos

mallorquines de Llauriano, sin variantes, pasaba a formar parte de *Andalusia* y *razones españolas*. Casi parafraseando a Rubén Darío, aludirá don Miguel «al divino regalo de la visión de la isla de oro donde todo narra la gloria del Sol» o «el esplendor fulgurante» de la isla de oro (1929: 205), mirando en sus descripciones paisajísticas, como no había hecho nunca hasta entonces, el término «oro».

También en la escuela de Darío, Mario Verdaguéer publicará, en 1926, *La isla de oro*, una novela de aprendizaje centrada en Miramar.<sup>56</sup> Y el apelativo se reiterará en otros títulos, «Mallorca, la isla de oro» de Akornar (1928)<sup>57</sup> o *Guía de la isla de oro* de Tomas i Marro (1933). E incluso dará pie a que se bautice como «Les Illes d'Or»<sup>58</sup> una colección literaria.

José María Salasortá, que llega a Mallorca por primera vez acompañado de Ricardo Baeza en 1928, año en que publica la experiencia de su viaje bajo el título de *Mallorca vista por José María Salasortá*,<sup>59</sup> escribe sobre la consolidación del tópico en el primer capítulo de su libro:

El mismo sobrenombre de «isla de oro» nos evocaba como una promesa de maravillosas montañas doradas que han de alzar a nuestros ojos. ¿Cómo es la luz de Mallorca? Y cada cual, según su poder ponderativo, hace un comentario diferente de esa luz insalvable que envuelve a la isla (1928: 66).

No obstante, en el capítulo tercero, titulado precisamente «En la isla de oro», se desdice de sus anteriores afirmaciones:

ni el color general de la isla sugiere la idea de dorado, ni la luz vive la energía y el fuego que podrían justificar aquel dardo sobrenombre. Sin embargo no lo su mal. Mallorca puede, con

justicia, llamarse la isla de oro, por la riqueza de sus campos, por la equitativa y la feliz diversidad de sus cultivos (1928: 19).<sup>60</sup>

Y casi a reglón seguido, tras un viaje en tren por el interior, propone llamarla, en lugar de la «isla de oro», la «isla arbolada». Cuando Salasortá regrese a Mallorca en 1932 para ampliar el libro aparecido en 1928 con nuevos escritos y las reproducciones de unas bellísimas acuarelas de Erwing Hubert, dedicará el capítulo IV a «La isla arbolada».

#### EL PARADISIO MALLORQUÍN

Considerándolo abiertamente, como Laurens y Rusiñol, dándole a entender como Darío, obviándolo como Llauriano o sin saberlo siquiera, los viajeros que llegan a Mallorca suelen traer consigo los característicos del viaje imaginario ideal. Casi todos se refieren en sus textos a los tópicos que el mito de la isla comporta. Desde los que permanecen en Mallorca apenas dos semanas (Dembowski), menos de un mes (Laurens),<sup>61</sup> los que repiten estancia (Wood y Darío), los que van a ser visitantes asiduos (Rusiñol), hasta los que se quedan a vivir allí, como Robert Graves, se sienten subyugados por la belleza del paisaje, el clima agradable y la amabilidad de los lugareños, con su particular forma de vida, un aspecto este último del que, como es sabido, discrepó George Sand, sobre lo que me detendré más adelante.

Los términos con que Mallorca es calificada hacen referencial paraíso de manera casi unánime, aunque el paraíso, como se augura que le dijo Gertrude Stein a Robert Graves, puede, a la postre, resultar insostenible.<sup>62</sup> Las alabanzas se repiten



El placer es el resultado logrado —el fin, sin duda— de la satisfacción de un deseo. La personificación del deseo —*edoné*—, en Grecia, era Adonis (nombre derivado de la palabra griega antes citada, pero también de Adonai, Señor -Mi Señor, referido a Yahvé- en hebreo y en arameo —referido al dios Tammuz, Adonis, en griego—, toda vez que Adonis nació en el Líbano). Su suerte echa alguna sombra sobre el placer, o descubre una cara menos luminosa o “deseable”. Adonis, fruto del deseo incestuoso de su abuelo hacia su madre, la perfumada Mirra, murió asediado por Venus y por Perséfone, las diosas del Deseo de Vida y del Deseo de Muerte: cada una lo deseaba para ella sola. El hermoso Adonis fue un perseguido en vida y en el país de los muertos. Nunca pudo descansar. Su suerte estaba marcada por el deseo de su abuelo al que no hubiera tenido que dejarse embargar.

Platón cuenta que Venus, la diosa del deseo creativo de la belleza, no invitó a Penuria a su fiesta privada en sus jardines de Chipre. Ocurrió que Penuria (Penia), que rondaba la verja, descubrió, no lejos de aquella, a Inventiva (Poros), durmiendo, borracho, echado sobre la hierba. Era lógico que Penuria, atraída por Inventiva, hallara la manera de entrar en el jardín y de unirse al joven. Esperaba que la unión entre el hambre y las ganas de comer le solucionaran la vida. Meses más tarde Eros (Deseo) nació. Era un semi-dios, que poseía rasgos de ambos progenitores. Como todo dios frustrado, era inmortal pero imperfecto. Penuria lastraba sus alas. Algo le faltaba para que se pudiera dar por satisfecho para siempre —los dioses, perfectos, siempre colmados, no desean nada, pues el deseo azuza por la posesión de lo que a uno le falta. Los dioses no cometen falta alguna. Lo tienen todo a mano—. Pero Inventiva agudizaba el ingenio de Deseo. Este, un cupido alado, sabía siempre dar cumplida satisfacción a sus deseos, darse placer —el placer de la inventiva, y de la resolución efectiva de una falta—. Deseos que, apenas apagados, volvían a prender mecha, llevando nuevamente a Deseo a la búsqueda de lo que podría saciarlo. Deseo aspiraba a la Belleza. Solo esta podía colmarlo, permitiéndole engendrar y crear —diferencias entre la creación de un ser y de un ente que la antigüedad no reconocía: en ambos casos se trataba de un acto de amor, que daba sentido al impulso erótico. Eros había sido concebido en los jardines de Venus. Eterno insatisfecho, siempre falto de lo

*Adonis*

**PEDRO  
AZARA**

que podría completarlo, Deseo buscaba lo que le proporcionara de lo que no estaba dotado. Deseo no poseía todos los dones. La gracia —*charis*: belleza, esplendor, luminosidad— no le había sido concedida, pero no por eso no tenía la “gracia” de saber descubrirla. Una falta siempre echa sombra sobre la perfección. Esta solo se da cuando todas las partes están en sitio. El desorden y las carencias impiden que resplandezca la belleza. El deseo parte pues de una insatisfacción, de la conciencia de unas limitaciones y del saber que estas pueden superarse. El deseo necesita de la sombra para brillar. Satisfacción que solo se alcanza sin violencia si ambas partes, la parte necesitada y la que parte colmada, poseedora de un exceso que puede colmar las carencias de la otra parte, se desean y aceptan compartir lo que tienen. El deseo no aspira solo a la belleza. Esta también siente debilidad, se inclina hacia las faltas, las incertidumbres, los borrornos, los perfiles desdibujados; hacia la imperfección. La perfección, que no debería interesarse por nada —pues nada necesita—, sin embargo, se deja querer, sabiendo que en esta entrega, dará placer, pero quedará, entonces, marcada.

El nacimiento de Adonis era un reflejo del nacimiento de Venus —que tanto deseaba a Adonis. Venus surgió de las aguas, cabe las costas de Chipre, tras un crimen, una mutilación, quizá la peor que cabría imaginarse. Su padre, que aspiraba a ser el dios del Cielo, emasculó a su abuelo, a fin de impedirle seguir teniendo descendencia, y cortando de raíz la fuente de su poder creativo. Mientras que gotas de sangre caídas en la orilla dieron nacimiento a monstruos como las Erinias (diosas de la venganza que infundían tanto temor que ni siquiera se las llama por su nombre), gotas de semen salpicaron las aguas ribereñas de las que Venus emergió. La diosa de la belleza y el deseo culminaba un proceso, por el contrario, destructivo. La vida de Venus sustituía a la vida del Cielo impedido. Trágico destino de Venus, objeto del deseo de Vulcano, el deforme dios de la forja, que veía en Venus lo que podría enderezar su vida y su porte.

La belleza era juzgada como una máscara que embellecía, ocultando, por tanto, rasgos que no eran dignos de contemplarse, que no suscitaban deseo alguno. La belleza hacía sombra a lo que envolvía. La cara cambiaba a cuantos se confrontaban con Venus. Su imagen mejoraba pero la ocultación siempre denota el “deseo” de esconder lo que no se puede exponer, como si se quisiera permanecer en la sombra, como si no se atreviera a dar la cara, sustituyéndola por otra. La belleza es el acicate del deseo, ciertamente, pero la atracción levanta bajas pasiones y aparece como un recurso para mejorar la imagen, para dejar de parecer lo que uno es. La belleza, como bien muestra el mito de Venus y Vulcano, es el objetivo de quienes no se sienten a gusto consigo mismos, y creen que una máscara les permitirá eludir lo que no quieren ver ni que se vea. Pero sin belleza, no existiría la esperanza de mejorar la vida —aun a costa de sacrificarla.

**Pedro Azara** es Doctor Arquitecto y ha comisariado la propuesta catalana en la Bienal de Arte de Venecia (2019).

Cuando una obra de arte se pone a prueba ante la mirada del otro, aparece una válvula secreta que convenientemente utilizada genera sensaciones impredecibles. No hay manera de ordenarlas en categorías fijas y así basculan desde la indiferencia somnolienta hasta el placer más absoluto. Ninguno de estos extremos, por razones evidentes, está exento de pasión. Tanto la desazón como la euforia radical presuponen que el dispositivo oculto que abre la válvula de la razón logró activarse y aquella obra de arte de la que somos espectadores provocó el efecto deseado.

Al fin y al cabo el objetivo del arte no es agrandar sino provocar, es decir despertar y en este sentido el éxito o el fracaso no puede medirse en otros términos que el de haberlo conseguido o no. A dónde nos lleva, ya es otra historia. Jorge Wagensberg decía que cualquier placer es una capacidad mental o sea, que quien disfruta es el cerebro y que la cultura simplemente nos prepara para ello. Por eso son tan importantes los rituales en la medida que nos entrenan para asumir, en un determinado contexto simbólico, toda la contundencia de un contenido. La complejidad de esta relación que se puede desarrollar por caminos tan fáciles como considerar inaceptable ir solos al cine o al teatro o por otros más ignotos como visualizar el silencio que debe acompañar a la sala de exposiciones, tiene una magnitud inalcanzable. Esto es lo que a menudo olvidan los tecnópatas.

Tal vez la dimensión más recurrente en este caudal de sensaciones que genera la relación entre la obra de arte y el otro (y valga en este sentido una reducción literaria que condena al artista a la nada una vez completada su obra) es una cierta idea de placer.

Antes de que apareciera el psicoanálisis el único objeto de estudio de la psicología era la conciencia, ergo las relaciones entre las personas y sus universos simbólicos eran esencialmente racionales. Esta equivalencia se rompe cuando Freud plantea la existencia del inconsciente. Algunos años después Adorno nos cuenta que el arte sirve para completar el conocimiento de lo que es inasequible y en este sentido es un poderoso instrumento para debilitar los límites del yo. El arte es, pues, inconsciencia lo que ya dentro de un debate canónico sobre los límites de la psique tiene una paradójica lógica racional.

Tanto para T. Adorno como para la mayoría de sus colegas de la Escuela de Frankfurt la industria de la cultura, que es industria de la diversión, supone la expropiación de la conciencia de los seres humanos y sustituye, en consecuencia, la experiencia artística genuina por un arte inferior que en última instancia es testigo del fracaso de la cultura.

### *Cuando el arte nos hablaba de placer*

## XAVIER MARCÉ

Sobre el carácter enigmático de la obra de arte y sobre la crítica a la cultura de masas se lleva hablando desde los años treinta del siglo pasado. Es difícil saber que dirían W. Benjamin o el mismo Adorno si hubieran convivido con videojuegos, plataformas digitales y el imperio Marvel o hubieran asistido a la caída en desgracia de todos los “ismos” que marcaron la pauta del arte en el siglo XX. En cualquier caso habría que darles la razón a la hora de considerar que entre los múltiples objetivos de las grandes multinacionales del ocio y la cultura figura en posición preeminente el de calcular esta forma impredecible de reaccionar ante el contenido artístico a la que llamamos placer y que en términos psicoanalíticos administra las complejas relaciones entre el consciente y el inconsciente.

No resulta fácil establecer comparaciones generacionales sobre la manera de acercarse al contenido artístico y probablemente sería pretencioso considerar que exista la posibilidad real de crear un índice cualitativo que permita comparar la producción artística de antes con la actual. Lo que sí parece evidente, en cambio, es que la dimensión sustantiva que en algún momento de la historia asociábamos al disfrute del arte se ha convertido en un hábito cotidiano sujeto a planificación. La cultura como una metáfora del “soma” que se administraba como antídoto a la depresión en el mundo feliz de Huxley.

No soy un ferviente seguidor de los dictámenes de la Escuela de Frankfurt. De hecho siempre me parecieron tan coyunturales como deprimentes, aunque les reconozco la osadía del prestidigitador: la élite hablando sin pudor de las masas. Como Lucifer-ángel caído redentor de la humanidad. Siempre les fue fácil a ciertos intelectuales hablar desde sus protegidas torres de marfil.

En cualquier caso, arte y cultura viven en este despertar del siglo XXI un momento distópico. Pasaron de ser sueños premonitorios a simples realidades y en consecuencia parte del negocio. No creo que se trate de algo definitivo sino, más bien, la consecuencia de un acoplamiento tecnológico, que una vez consumado le dará alas de nuevo al sagrado ejercicio de poner en vereda las verdades oficiales. Quizá en este momento reaparecerá el ingrato placer de no saber exactamente qué es lo “que hay de lo mío” cuando presenciamos una obra de arte. O sea una nueva ilustración.

Xavier Marcé es economista y gestor cultural.

Green Square Library, Sydney. David Bru©



## ROJO

792.- Descártase, al considerar este color, todo cuanto es susceptible de determinar una sensación de amarillo o de azul; imagínese un color absolutamente puro, un carmín perfecto, secado en un platillo de porcelana blanca. En atención a su elevada dignidad hemos designado este color a veces con el nombre de púrpura, si bien sabemos que el color púrpura de los antiguos tiraba más bien a azul.

797.- Cuéntanos la historia de lo celosos que en todo tiempo han estado del color púrpura los soberanos. Todo ambiente así trasunta gravedad y magnificencia.

798.- El vidrio teñido de color púrpura muestra el paisaje bien iluminado con una luz terrorífica. Así debieran aparecer el cielo y la tierra el día del Juicio Final.

*Johann Wolfgang von Goethe*  
*Extracto de TEORÍA DE LOS COLORES*

# Mis placeres en la historia del arte

La maravilla de descubrir el arte románico a los 16 años.

Aquellos ángeles con múltiples ojos en sus alas.

Museo de El Cairo, en los años ochenta.

Un museo como del siglo XIX, incluso con polvo y ratonzuelos corriendo por ahí.

Y lleno de obras maestras.

*El perro de Goya en el Museo Nacional del Prado que expresa una angustia totalmente moderna, existencialista.*

*Y ahora pienso en la conexión con el Perro ladrando a la luna, de Miró.*

*Velázquez. Esos perfiles huidizos de Las Hilanderas. Como se escapa un mechón de su peinado, el movimiento que otorga este pequeño gesto.*

Todo Caravaggio TODO.

Esta voluta del ángel que planea sobre San Mateo, la Virgen que en lugar de muerta parece dormir plácidamente.

Y esta Magdalena en éxtasis, “encontrada” en 2014, cuyo éxtasis es un verdadero orgasmo espiritual.

El pecho de la Femme à la vague, de Courbet, el más sensual de toda la historia de la pintura.

*Los pasteles de Rosalba Carriera, ¿quizá en Ca Rezzonico? [no lo recuerdo exactamente; en todo caso, en Venecia, su ciudad]*      *Seurat y sus pequeños dibujos al carboncillo*

*Los objetos en el arte del siglo XX. Desde que Ivan Puni puso un plato en una tela hasta el objeto surrealista y las cajas de Joseph Cornell, un placer ver los objetos.*

TANTO EL COLLAGE ME GUSTA  
QUE INCLUSO PUEDO HACER  
EN UNA ÉPOCA EN LA QUE NO SE HAN HECHO COLLAGES

## Duchamp / Un placer completamente intelectual

**Miró** / Sus azules, el placer de descubrir una abstracción con un nuevo concepto de espacio, ingrávito, infinito.

**Tàpies** / Cualquiera de sus obras, pero principalmente sus objetos: Cadira i roba (1970), que cae como un drapeado antiguo; o Filferro amb llargs rosa (1970).

**Picabia** / La Sainte Vierge (1920) es solo una mancha, una salpicadura de tinta china. Placer del hallazgo conceptual, y de ahí, algunos, a los objetos y a lo que hoy llamamos diseño. La velocidad que a veces aporta la revolución

**Laurie Anderson** / La escuché en 1979 en Nueva York. Me pareció una revelación.

Los colores de **Sean Scully**. Ha visto profundamente a Tiziano (los bermellones, los ocre, los castaños), a Goya, y a Matisse.

**Carmen Calvo** / ¿Cómo nuestro país no se da cuenta de que es Carmen Calvo quien mejor expresa la grisura y estrechez moral de nuestra posguerra española?

Placer de ver cada una de sus obras.

En la Documenta de 1972 **Vi a Beuys** en persona, con su sombrero y su chaleco. **Oh, es él! Me dije.**

ELISA BRETON. LA ESPOSA DE ANDRÉ BRETON Y EL PLACER DE SU INVITACIÓN A UN VASO DE AGUA EN EL 42 RUE FONTAINE, EN 1992.

La vanguardia rusa. Lo fascinante es ver y comprender cómo estos artistas pasaron en tan solo 5 o 10 años del fauismo a los monocromos, y de ahí, algunos, a los objetos y a lo que hoy llamamos diseño. La velocidad que a veces aporta la revolución

**TODOS LOS AZULES** el azul-verde de **La tempestad de Giorgione**, el turbante de **Vermeer**, **Matisse**, **Miró**, **Ràfols-Casamada**.

Las mujeres artistas del siglo XX. Uf, por fin las mujeres expresan sus deseos, sus miedos, ponen en cuestión los roles establecidos, se ríen se rebelan



Dicen los entendidos que el placer que sentimos al escuchar música se lo debemos a la dopamina, un neurotransmisor presente en áreas del cerebro que actúa cuando se trata de expresar emociones. Una explicación fruto de una observación científica más antigua, pero mucho más poética es la que Galileo Galilei atribuye a su amigo, el filósofo y físico veneciano Giovanni Francesco Sagredo en “Discurso y demostración matemática, en torno a dos nuevas ciencias” (1638), según la cual los sonidos de octava, quinta y cuarta de la escala pitagórica producen “una titilación y un cosquilleo tal sobre el cartílago del tímpano, que [...] parece que a la vez, suavemente, besa y muerde”.

Unas cuantas décadas antes, Leonardo da Vinci, que entre tantas cosas fue también músico e inventaba y construía instrumentos, y a quien se atribuye la frase de que la música es el alimento del alma, ya sabía del cosquilleo que produce la música en el cerebro cuando se divertía ideando acertijos. Hay una veintena de ellos sobre música en los códices conservados en las Reales Colecciones de Windsor. Al dibujar un pentagrama con un anzuelo (amo, en italiano) parecido a una letra mayúscula L seguido de las notas Re Mi Fa Sol La y la sílaba “zar” asociaba amor y placer a la música porque la solución al jeroglífico es: L’amore mi fa sollazar, es decir, El amor me hace gozar. O este otro, también con el mismo pentagrama y anzuelo seguido de las notas Re Sol La Mi Fa Re Mi, y las sílabas “rare” con el que decía: Amore sola mi fa remirare, Solo el amor me hace evocar.

No toda la música genera el mismo placer ni es recibida del mismo modo por quien la escucha. Sigmund Freud podía haber escrito una enciclopedia sobre la cuestión, solo que la música, más que no gustarle, le molestaba. Si se refería a ella era de modo clínico, porque formaba parte de algún sueño de uno de sus pacientes y, más que dar placer, era interpretada como una pesadilla. Aún así, el padre del psicoanálisis podía escribir a su amigo Wilhelm Fliess que una representación de Die Meistersinger von Nürnberg, de Richard Wagner, le había procurado “un extraordinario placer”, para añadir que La ensoñación de la mañana del tercer acto le había conmovido profundamente.

### *Cosquillas, acertijos y mariposas*

## ROSA MASSAGUÉ

Para que la música active el cajetín del placer no hace falta ningún conocimiento en especial ni que lo genere una música sublime. Y además, el placer, aun siendo universal, goza de una característica muy personal que es la subjetividad. Por ejemplo a Isaiah Berlin, el pensador liberal, le gustaba Rigoletto, de Giuseppe Verdi. Admitía que no era una ópera extraordinaria, pero era la que le resultaba “más placentera”. No se puede rehuir el gozo máximo hecho de muy variadas emociones —que no es incompatible con las lágrimas—, que transmite por ejemplo el trío final de Der Rosenkavalier, de Richard Strauss, con una música que parece fuera de este mundo. Pero, ¿qué ocurre cuando se escucha Salomé, del mismo Strauss, con toda la carga de violencia que acarrea aquella música? ¿O con el dodecafonismo? ¿O el minimalismo?

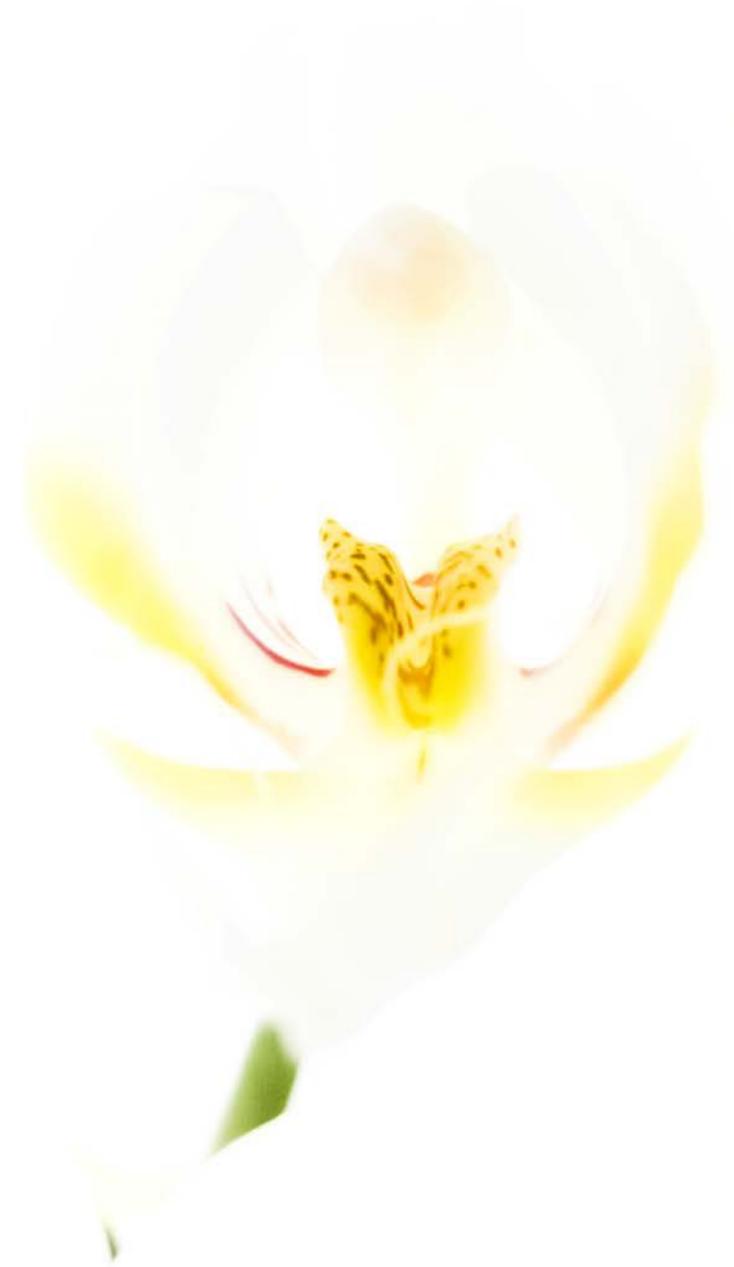
Placer y armonía van de la mano y cuando esta desaparece, tenemos un problema. Con el célebre Acorde de Tristán, el acorde disonante en uno de los primeros compases de Tristan und Isolde, Wagner no inventó la disonancia. Esta existía ya desde tiempos antiguos. La diferencia estaba en que si hasta entonces la disonancia se resolvía siempre en una consonancia en un juego entre tensión y distensión armónica, el compositor alemán lo que hace es dejarla ahí, sin resolverla. Y esto marcará el camino de la música de lo que entonces era futuro y para nosotros ya es pasado aunque para muchos, en pleno siglo XXI, siguen pensando que es una abominación.

¿Se puede gozar con la brutalidad sonora y argumental de óperas como Wozzeck de Alban Berg, Die Soldaten de Alois Zimmermann, o la más reciente Les bienveillantes, de Héctor Parra, que es la suma de las barbaridades de las que es capaz el hombre? En estos casos, el placer es otro. Hay un placer anticipatorio (extensible a toda la música) ante lo que se va a escuchar y hay el placer intelectual por la calidad musical que se ha escuchado. Y luego está Theodor W. Adorno para quien el poder de seducción del estímulo sobrevive únicamente allí donde más enérgicas, son las fuerzas de la negación, es decir, “en la disonancia que desprovee de credibilidad al engaño de la armonía existente”, y comparaba a quienes se deleitan con un cuarteto de Schubert o un Concerto grosso de Händel con los coleccionistas de mariposas.

En realidad no hacen falta muchas teorías ni consideraciones como demostró un señor bien entrado en años durante el Concierto para piano en Fa sostenido menor, op. 20, de Aleksandr Scriabin, que Daniil Trifonov y la Orquesta del Teatro Marinski bajo la dirección de Valery Gergiev ofrecían en el Palau de la Música. En el segundo movimiento empezó a mostrar señales de un desasosiego placentero. Su agitación fue in crescendo hasta llegar al final de la pieza cuando no pudo contener una cadena de exclamaciones casi orgásmicas. De esto se trata, de gozar.

Rosa Massagué es periodista. Autora de *El legado político de Blair* (2007) Libros de la Catarata.

ESTRATEGIAS  
PARA COMBATIR  
EL PLACER



Decir placer hoy es un *hápx*: vocablo raro, único y sin parangón. Hace falta un contexto de significado para ubicar el vocablo. Ese contexto ya no está. Actualmente, el placer desaparece en la emboscada de una vida repleta de goces exigidos, espejismos embrutecidos al servicio de la evasión y del rechazo del otro. Se trata más bien de comerse el mundo, ser feliz, sentir al máximo en el colmo de la asertividad positiva, querer siempre más. Ahogándose en la locura de las sensaciones inmediatas el placer, cual espectro de Hamlet, se esfuma entre la niebla.

*Enter the ghost, exit the ghost*

La búsqueda del placer quedó resquebrajada sin remedio por el empuje al goce, una exigencia de satisfacción insaciable de consumo. Queda lejos su parentesco con el deseo. Tampoco se parece a la inquietud del que piensa. Fue el goce quien tendió una emboscada al placer. Ladrón de caminos, Hades de nuevo disfrazado, que J. Lacan llamó *jouissance*, hurtó el placer llevándose en un saco y encerrándolo en el sótano. Nadie exigió nunca un rescate a cambio de su liberación. El placer permanece hundido en el abismo. El dios de las profundidades atrapó, a través de una grieta en el suelo, a la muchacha indecible, Perséfone recogiendo flores silvestres, ajena a qué mascullaba la tierra por dentro. Deméter, la madre, reclamó a la niña vilmente secuestrada. Sin embargo, el goce no reclamará hoy al placer. Su pretensión absoluta es reinar, su objetivo una tierra quemada. La satisfacción gozadora maldijo al placer, inadvertido en su solaz experiencia, destruyendo las cualidades del mundo que lo causan. Cuantas más cualidades tenga el mundo más belleza y fuente de placer puede existir en él. La emboscada del goce ataca la sofisticación, la elegancia, los espléndidos matices de la belleza, con el vil propósito de reducirla a una mera cosa gozante imposible de admirar desde la óptica estética o erótica.

Dice el filósofo francés Jean-Claude Milner que el placer procede del mundo antiguo, del eco de la voz de Homero. *Kalos*, bello, sinónimo de placer en su infinitud de mínimos detalles, rasgos imprevisibles, matices coloreados, variaciones aterciopeladas, ambientes marinos, olor a pan, gusto afrutado de la vid, brisas costeras y risas domésticas. En el mundo antiguo, el placer es una forma de incorporación: se calma la sed y se aleja el hambre. La incorporación de una cualidad se produce cuando el cuerpo queda impactado por la belleza sin someterla ni anularla. Por eso, cuanto más diversas sean las cualidades del mundo, cuantas más sorprendentes y menos ordinarias, mayores placeres producirán en lo bello. *Kalos*. En el escenario de los relatos homéricos, el placer alcanza el cuerpo, anfitrión hospitalario del brillo del mar, la luz del atardecer, la intensidad del vino, la degustación contrastada de los ingredientes en el plato, la suavidad de la preciosa tela, el roce de la piel de lo deseado. De la misma manera que el anfitrión hospeda al extranjero tratándole como tal, sin pretender hacerle idéntico, acogiéndole como propio en su diferencia, la incorporación de la cualidad opera una metamorfosis en el cuerpo que no unifica o absorbe en lo mismo la experiencia de placer.

### *El placer en la emboscada*

ANNA  
PAGÈS

El goce como satisfacción exigida tiende hoy una emboscada al placer en un empuje de vida loca, desenfadada, ávida de todo sin espera. No sabe de pasado ni de futuro: declina una constante gramática del imperativo, la orden de mando: *jouis!* Desaloja la hospitalidad de lo bello en el cuerpo. Homero quedó atrás.

La modernidad, la postmodernidad, colonizaron el placer con el subterfugio del goce obturador, esa pasión por lo inmediato del capitalismo que se inspira con éxito en el “aquí y ahora” de la infancia del que hablaba Melanie Klein. *Pathos*. El placer ya no reside en una infinitud de cualidades. El goce se desliza en patinete, una especie de *skateboard* a cien por hora en una avenida en pendiente, sin frenos y en dirección contraria, a toda costa, a cualquier precio, volcándose en un intento absurdo por convocar lo inmediato y automático: todo, ya. La cultura entró en una rara transición, rodando desde la materialidad de los sentidos al objeto material, que no puede producir placer. El objeto se caracteriza por la masificación de sus cualidades: es una cosa homogénea sin atributos que todos deben ambicionar poseer. Únicamente dispone del valor de intercambio en un mercado de consumo, alcantarilla gozante por donde se evacúan las aguas sucias, los desechos contaminados de la frustrada expectativa de satisfacerse por completo y en todo. La oferta masiva del mercado global insiste en la ganga, demanda inútil de saciar por completo.

¿Dónde, entonces, localizar el placer, evitando la emboscada de la exigencia de goce?  
¿En qué dirección vislumbrar lo placentero?

Tal vez en la minúscula sorpresa de lo único, con la ayuda del instante. Quizá en el lujo.

El lujo sería el resto contemporáneo del placer antiguo, transformado en un valor no intercambiable: único, sin precedentes e insondable.

Anna Pagès es filósofa, escritora e investigadora en teoría de la educación. Autora de *Cenar con diotima. Filosofía y feminidad* (2018) Herder Editorial.



*Bailarina sentada.* Jeff Koons [Rockefeller Center, NYC]. Cristina Pérez Rueda©

## Vale más aburrirse que entretenerse

MANUEL  
CRUZ

Allá por el lejano siglo XX, los entonces llamados filósofos analíticos del lenguaje ordinario eran decididos partidarios de buscar en el uso más común que hacemos de las palabras el tesoro de su sentido. Otros, en cambio, los partidarios de la etimología, siempre han tendido a creer que dicho tesoro se encuentra en un remoto momento fundacional en el que, en otra lengua (latín o griego en especial), determinados sonidos fueran bautizados como significativos.

Como la etimología de “entretenimiento” (el verbo “entretener” viene del inter-tenere latino: “tender entre”) no da mucho de sí, se nos permitirá que recurramos a la primera vía. Si nos adentramos en ella una de las primeras cosas con la que nos encontramos es con que la idea del entretenimiento tiene algunos parientes cercanos, que en determinados contextos pueden operar como sinónimos. Así, es frecuente utilizar el verbo “distraerse” (sobre la que volveremos) o incluso la expresión “pasar el rato” como equivalentes de “entretenerse”. La equiparación –siempre parcial en la medida en que no hay sinónimo perfecto– permite fijar las connotaciones de la palabra, ir determinando el perímetro de su significado.

Para terminar de perfilar las fronteras de lo aludido por una palabra cualquiera es frecuente también contraponerla a sus antónimos, procedimiento que en ocasiones puede resultar francamente esclarecedor. En este caso, podríamos coincidir que el antónimo principal de entretenimiento es aburrimiento. Curiosamente, el origen latino de la palabra en este caso sí proporciona una pista de interés, porque se encuentra en la expresión *ab horrere*, que significa tener horror (“aborrecer” posee el mismo origen, por cierto). Como si aburrirse fuera otra manera de percibir aquello que horroriza.

Pues bien, articulando los dos términos bien podría decirse que entretenimiento es aquello que llevamos a cabo con el objeto de no aburrirnos. A primera vista se podría pensar que en esta articulación el entretenimiento sale ganando, en la medida en que el aburrimiento parece tener, en general, mala imagen. Aunque no resulte del todo fácil de definir, lo cierto es que tendemos a asociar aburrimiento a una incapacidad de entusiasmarse con nada, a una especie de impotencia para encontrar en el mundo cosa alguna que consiga atraer nuestra interés. Para resaltar lo negativo del registro, en muchas ocasiones, además, se interpreta dicha incapacidad en términos de una satisfacción excesiva. Según esto, se aburrirían aquellos que no carecen de nada, que siempre han tenido a su disposición cuanto deseaban, mientras que los que han sufrido penalidades saben apreciar auténticamente el valor de las cosas.



## Un placer sin imágenes

ARMAND / ULYSSE  
RIERA LOJKINE

Ahora bien, ¿es, efectivamente, así? Sospecho que solo en parte: hay personas que nadan en la abundancia sin tiempo para disfrutar de todas sus riquezas, y mendigos a los que se les escapa la vida con la mano tendida, esperando que alguien deposite en ella una limosna. No habría que descartar entonces que el aburrimiento tuviera una dimensión abiertamente positiva. Se produciría cuando el aburrimiento se deja interpretar en clave de decepción respecto a los objetos y objetivos que de ordinario nos movilizan. Equivaldría entonces a la clara conciencia de futilidad de cualesquiera propósitos que nos podamos plantear. Y es que deberíamos recordar, porque veníamos avisados de antiguo, que el peor castigo que se nos pueden infligir es la obtención de lo largamente anhelado: los dioses nos castigan concediéndonos nuestros deseos (alguien podría preferir el ejemplo/metáfora de la melancolía *post cohitum*, pero tampoco es cuestión de que las ilustraciones nos aparten del hilo de nuestro discurso). El aburrimiento vendría a ser, en esta otra perspectiva, que podría haber suscrito Cioran, el momento en el que la propia existencia, ya sin excusas, se transforma en una carga insoportable].

Reparar en esta dimensión digamos que positiva del aburrimiento permite recuperar la idea de entretenimiento bajo una nueva luz. A este respecto, uno de los usos, antes apuntado, que suele hacerse del verbo entretener en el lenguaje ordinario nos puede proporcionar una pista de utilidad. Cuando, pongamos por caso, un padre o una madre dicen, refiriéndose a su hijo de corta edad, “así [por ejemplo, dándole un juguete] se entretiene” o “así se distrae” como expresiones intercambiables por completo, están dando a entender que de lo que se trata es de que el niño en cuestión no preste atención a asuntos de mayor importancia.

Lo que nos abocaría a una conclusión, tan provisional como preocupante. Tal vez nuestro problema en la sociedad actual no sea que no estemos entretenidos sino que no hay forma humana de que estemos aburridos, que no podamos vivir el placer de no hacer nada, de tantos como son los estímulos (con Internet en lugar muy destacado) con los que constantemente se ve reclamada nuestra atención. O, apurando un poco más esta misma conclusión, tal vez el mayor de nuestro problema sea que no sabemos ir más allá del mero entretenimiento, del mero estar distraídos a la manera del niño del ejemplo, sin capacidad para entregarnos a algo que realmente nos ocupe por completo, nos ponga en juego, nos sitúe en la experiencia límite del fracaso, la decepción o, tal vez la peor de las opciones, el abismal vacío que aparece ante nosotros cuando alcanzamos por fin lo largamente perseguido.

Existe, desde Platón hasta Freud, una concepción del placer como satisfacción. Es una representación íntimamente ligada a la necesidad complacida, a la ausencia de malestar, al deleite del deseo. A pesar de que, con frecuencia, la satisfacción se busca en el mundo exterior, suele ser también este el que con sus azares y asperezas la frustra y desarticula. Por eso, se busca solo en aquello que no nos incomoda, en lo que en cierto sentido nos refleja, creando ecos de nosotros mismos. La satisfacción se convierte pues en la percepción de una perfección, esta última entendida como una armonía con nosotros mismos, evitando así cualquier malestar, puesto que no hay diferencia entre lo que es y lo que debe ser, entre lo que vemos y su concepto. Es la vía de la ficción, de la proyección y la imagen.

El placer es entonces un objeto y este es por excelencia visual. Aparece frente a mí, sin asperezas ni antipatías, con las proporciones de la armonía en busca de la superficie lisa y limpia. Aquí lo liso hace referencia a la salvación de lo Bello de Han; lo liso en eco con lo pulido e impecable, con aquello que no daña, ni opone resistencia. El objetivo es crear una imagen, una percepción que encierre en ella misma el alma del espectador para, en definitiva, liberarla. Haciendo referencia una vez más a Han, es lo que, por ejemplo, ocurre de manera singular con el arte de Jeff Koons y Anish Kapoor. Ambos apuestan por formas y colores puramente lisos, por superficies reflejantes y de textura ambigua para que su visión nos sustraiga de cualquier imperfección. El caso del Cloud Gate en Chicago es emblemático, pues la obra permite atrapar con sus juegos la inmensidad de los rascacielos de la ciudad en una superficie reducida, domesticando así la desmedida y convirtiéndola a una escala humana y conceptual.

El objeto visual se despliega de este modo, con su doble simetría entre la obra y el espectador, en un espacio abstracto donde es libre para expresarse y exhibirse. El espectador se introduce a través del espejo, de la imagen, en un mundo sin incomodidades ni inquietudes. En cierto sentido, la satisfacción puede ser entendida como una victoria, pues el exterior se amolda a nuestros deseos y nos volvemos gigantes. Parece incluso que nuestros teléfonos hayan olvidado cualquier rugosidad para que, al tocarlos, no salgamos de nosotros mismos. La obra, con nosotros, huye de cualquier pliegue, de cualquier herida que pudiese crear un punto de fuga por el que se filtrase la realidad.

La satisfacción puede ser exaltada o menospreciada. Platón concebía así el placer, considerándolo insuficiente frente a un destino superior reservado al ser humano. Por el contrario, los utilitaristas hacen del placer como satisfacción el objetivo último, al considerar que, quizá, el ser humano esté animado por una inquietud que debe ser reparada. En nuestra realidad actual, tan llena de matices y complejidades, la satisfacción se corona, ya que, a pesar de que esta forma de placer pueda nacer y emerger bajo mil formas y razones, su estructura interna, su afinidad con el concepto, le permite ser explicada, descrita, reclamada. La satisfacción es algo definible, no ambiguo y en su petición comprensible por todos. Un ejemplo reciente son los algoritmos de *matching* (citas, música, publicidad) que muestran la armónica ley de reciprocidad entre las demandas específicas del sujeto y el objeto. Esta alianza con la imagen, el lenguaje y, en definitiva, con lo explícito, es lo que hace tan atractiva la satisfacción, pues nos permite huir de la complejidad desmesurada de los cielos. Esta propensión a lo explícito se inscribe cada vez más en nuestra sociedad; pensemos por ejemplo en la ascensión del Trap en España, relegando a lo privado todo lo que la excede y rebasa.



Lo que nos importa, por nuestra parte, es invocar y manifestar otra forma de placer, vinculada a la experiencia viva más que a la satisfacción; a la disolución en una sensación más que a la armonía de una perfección. En este caso, la sensación no es la causa del placer sino el placer mismo, convirtiéndose en el centro de todo lo que existe. Mientras que la satisfacción juega con el reflejo, la experiencia del placer, en lugar de ponerse frente al sujeto, lo atraviesa por completo. Se concibe como la caricia del viento sobre la piel, el ritmo del cuerpo del otro, el perfume de la risa desenfrenada y el reverdecer de las cosas. Este placer sin imágenes no puede ser definido, tan solo sentido e intuido. La causa puede ser exterior pero, más que expresarse por una imagen, se manifiesta de manera sutil y por analogías. Siguiendo a Bergson, es ese momento en el que el tiempo se divorcia de las agujas del reloj para llenarse de duración. Es cuando el instante deja de ser segundos para convertirse en un estado de conciencia, en una vivencia. De esta manera, la separación entre el interior y el exterior se pone en duda y deja incluso de tener sentido. El placer comienza y, para dejarlo fluir, vivir, cerramos los ojos por un instante, dejamos de hablar por un instante. En la maravillosa película de Tom Ford, *A single man*, su protagonista al final ve reverdecer la vida: “durante unos breves segundos, el silencio ahoga el ruido y puedo sentir en lugar de pensar y todo parece muy definido, y el mundo claro y fresco, como si todo acabase de nacer”.

Este placer tiene valor pero ninguna estructura; se escabulle de la imagen y el lenguaje. Para expresarlo es preciso utilizar puntos de fuga, caminos zigzagueantes y, en definitiva, el arte. Es la separación entre las notas de música y su símbolo en la partitura, para llenar el tiempo y el espacio sin límites ni imposiciones. Otro ejemplo moderno fascinante de este tipo de narración es el cine de Sorrentino. Su película *La Grande Bellezza* empieza con campanadas que inundan Roma. Y, mientras recorremos las maravillas de la ciudad a través de las cortantes campanadas, estas van perdiendo definición y se convierten en el piar alegre de los pájaros. Finalmente emerge el cántico *I lie* de David Lang. Y la música encuentra a un turista japonés, que se aísla de su grupo y guía. Bajo un hechizo, se deshace de sus gafas de sol y de la cámara fotográfica. Y ahora, sin filtros, sin imágenes, el instante se vuelve momento, y la magia opera. Frente a él, Roma deja de estar bien definida, todo se convierte en intensidad y la belleza se despliega. Sin poder soportar el deslumbramiento, el turista se desvanece, evocando la emoción del síndrome de Stendhal. En su película *Youth* cada frase, cada recuerdo nos lleva al instante final, para llenarlo de sentido. Nos acompañan a una simple canción; una canción de amor que, en su simplicidad, desarma cualquier cinismo, rebosando vida.

En definitiva, mientras la satisfacción constituye nuestra victoria, el placer como experiencia nos inunda recordándonos que existimos. Es la victoria del mundo a través de la sensación. Y son esos fragmentos de vida los que nos hacen entender al personaje de Tom Ford cuando pronuncia: “Me transportan de vuelta al presente y me doy cuenta de que todo es justo como tiene que ser”. El placer como experiencia es, por lo tanto, positivo y no necesita nada más que a sí mismo, no exige ni pide nada, lo perdona todo, es y deja de ser. Sin embargo, la satisfacción siempre corre el peligro de provocar vértigo, de caer en la espiral, en la paradoja que la transforma irremediamente en insatisfacción. Al fin y al cabo, la satisfacción necesita un vacío que apagar; pero solo por un instante, por un segundo. En cambio, el placer como experiencia es insoluble a la búsqueda; vive y dura para dejar de durar, reverdece sin reclamar nada.

**Armand Riera** estudió matemáticas en l'ENS [École Normale Supérieure] de Paris, actualmente trabaja en una tesis sobre Geometría Aleatoria en la Universidad Paris-Sud.

**Ulysse Lojkine** estudió filosofía en l'ENS [École Normale Supérieure] de Paris, actualmente trabaja en una tesis de Filosofía Política en la Universidad de Nanterre.



## EL PLACER Y LA ALEGRÍA

Dios creó al hombre a su imagen, nos dice la Biblia. De ese Dios no sabemos gran cosa, sólo que es precisamente eso, el Creador. El hombre posee pues una vocación original para la creación. Ser hombre es crear, y una vida en la que la creación no ocupará lugar alguno no valdría la pena ser vivida, porque le faltaría esa chispa divina que la convierte en vida humana.

Pero ¿de qué creación se trata? Hay mil maneras de crear, de la más grandiosa a la más modesta. Una puede pintarse la habitación, plantar una flor, hacer un dibujo, componer una sinfonía con cocas o incluso fundar una nación. Se puede también traer al mundo y criar a un hijo, que acaso es la más bella, pero también la más peligrosa de las creaciones.

El sentimiento que acompaña a cualquier creación es la alegría, que no es más que el aspecto afectivo del acto creador. Todas las demás recompensas de un trabajo creador—dinero, honores—son extrínsecas y accidentales. Sólo la alegría es intrínseca a la creación. La Biblia no dice otra cosa en aquel versículo que concluye cada día del Génesis: «Y Dios vio que era bueno.»

## EL ESPEJO DE LAS IDEAS

El placer es cosa muy distinta. Así como la alegría da color a la creación, el placer acompaña al consumo, es decir, a una forma de destrucción. El pastelero que inventa la receta de un pastel y la realiza, experimenta alegría. Si yo tengo hambre y me como el pastel, experimento placer. Pero el pastel deja de existir...

Por eso el placer suele estar mal visto por los moralistas. En el mejor de los casos, el placer es un artificio de la naturaleza para conseguir que el animal siga con vida, así como el dolor sirve para que evite las agresiones destructoras. Pero el placer puede pervertirse fácilmente y acompañar las costumbres mortíferas, como la intoxicación con drogas y con alcohol. Desdichadamente, el horror hacia el placer—observable entre algunos místicos—se parece mucho al odio hacia la vida e inspira conductas generalmente suicidas (mortificaciones, ayunos, etc.).

... Sin embargo, hay un dominio en el que el placer y la alegría se funden indisolublemente, es la sexualidad, y ello la hace incomparable. Pues el deseo sexual es un hambre del otro, y en muchos aspectos se parece a una púñón caníbal. El gusto violento por la carne del otro, su olor, los humores que secreta, tiene un tono claramente antropófago. Y cuando el sexo se queda a ese nivel, no está lejos de burlarse hacia el sadismo. Pero ese impulso destructor es al mismo tiempo un acto creador, y el placer se

## EL PLACER Y LA ALEGRÍA

tal se expande en la construcción de una vida en compañía. Pues el encuentro de dos personas que se aman inaugura una vida nueva, imprevista, incomparablemente más rica que la simple adición de sus respectivas cualidades.

...  
Cita

Aquel que está seguro, absolutamente seguro de haber producido una obra visible y duradera, así puede prescindir de los elogios y sentirse por encima de la gloria, porque él es creador, porque lo sabe, y porque la alegría que experimenta por ello es una alegría divina.

HENRI BERGSON

## Los placeres y los días

### ALBERT LLADÓ

Hay un tipo de placer que nace como resultado de la sofisticación del gusto. Su verdadero impulso es la búsqueda de matices. Es el terreno de juego del sibarita, que más que sentirse atraído por el lujo, como se suele creer, se mueve como un cazador de exquisiteces. La elegancia del dandi, capaz de hacer coincidir su esencia con su existencia, fusionando la ética y la estética en su propia gestualidad, es un buen ejemplo de este goce consciente y planificado.

Lo ha explicado bien Giuseppe Scaraffia en libros como *Los grandes placeres* (Periférica, 2015). “Para hacer frente a la nada puede bastar la alegría de una adquisición en la que parece encarnarse la belleza, esta última línea de resistencia contra la brutalidad del vacío”, nos dice el filósofo italiano. La promesa de la belleza concentrada en una adquisición es, como mínimo, fácilmente malinterpretada por los amantes de la propaganda clientelar. No es extraño que el hedonismo, así, haya pasado de la frugalidad que reivindica Epicuro al utilitarismo de Jeremy Bentham o John Stuart Mill.

Han convertido el placer en una hoja de cálculo. La búsqueda de la sofisticación se ha transformado, gracias a la lógica del capitalismo más quirúrgico, en una vulgarización consumista.

Hay otro tipo de placer, sin embargo, que escapa de las doctrinas de la moral. Es el placer que responde, ahora sí, a la misteriosa relación entre deseo y excitación. Y aquí el territorio no es otro que el de la transgresión.

Tal vez quien mejor lo ha abordado es Georges Bataille en su *Historia del erotismo* (Errata Naturae, 2015). El pensador francés sostiene que es la ruptura de la norma lo que nos sitúa en un confín desde el que parece asomar, de nuevo, el furor animal que habíamos abandonado. “En el desarrollo de la fiesta los hombres dan entera libertad a unos movimientos que rechazan en el tiempo profano”, leemos. Y es que deseo, excitación y libertad conforman una tríada que se retroalimenta sin que una previsión racionalista pueda predecir, punto por punto, todo el trayecto que dibujarán las pulsiones a las que ahora respondemos.

Sin embargo, y eso Bataille lo subraya con gran acierto, ese regreso a la animalidad, a nuestra naturaleza arcaica, no nos hace menos humanos. Es justo lo contrario. La fiesta es, sin duda, una interrupción de la máscara. Y el exceso se enfrenta, cara a cara, al orden de las cosas basado en el reglamento. Pero es un corte, una incisión, siempre temporal. Por eso hay que atender a la relación entre la fiesta y la risa. Si la risa “supone el inicio de todo movimiento festivo”, también es cierto que “no hay nada más opuesto a la animalidad que la risa”. Y es que, concluirá el también antropólogo, lo que la fiesta libera no es solo la animalidad, sino lo divino. “En esencia, lo sagrado es precisamente lo prohibido”.

Aquí podríamos situar el frenesí, el éxtasis, que el deseo conlleva en sus entrañas. Nos conduce a una zona limítrofe, en el que somos persona y animal, máscara y cuerpo, y en el que la vida muta en libido, precisamente, porque la muerte asoma con toda su lucidez. *Le petite mort*, como se conoce al periodo refractario que ocurre después del orgasmo, nos habla de esa pérdida del estado de consciencia, del desvanecimiento de una identidad que siempre nos acompaña como una sombra o una condena. Es este tipo de placer una rebelión contra los constantes asaltos de la apatía, capaz de generar múltiples telarañas invisibles.

*Omar Sharif. Fotogramas de la película «Doctor Zhivago» [Dir. David Lean]*

*Una de las escenas más impactantes de la película es la manifestación de los obreros reprimida por la guardia zarista. Sharif cuenta que en esta escena tan desgarradora, David Lean le pidió que, por fin, mostrara sus sentimientos. Al no tener delante la escena él imaginaba situaciones dantescas pero Lean no estaba de acuerdo con lo que transmitía así que le pidió que, en lugar de escenas horribles, se imaginara algo placentero. Sharif pensó en el más bueno de los orgasmos y con ese rostro consiguió lo que Lean quería.*



*Virtudes públicas, vicios privados.  
Vicios públicos, virtudes privadas...*

*El placer de la cultura más allá de la cultura de masas*

## MANUEL GUERRERO BRULLET

El deseo, pues, no puede ser estigmatizado ni censurado porque no responde a los patrones de la deontología social. Luis Buñuel ha sido uno de los cineastas que se han aproximado, con más coraje, a los recovecos de esos anhelos, que se mueven como pájaros en una habitación oscura. En *Belle de jour* vemos cómo el personaje interpretado por Catherine Deneuve es incapaz de mantener relaciones sexuales con su marido (Jean Sorel) por lo que este tiene de arquetipo protector. La mujer acabará metiéndose en un lugar pantanoso, donde la fantasía y la realidad se mezclan, y querrá seguir, literalmente, la llamada del riesgo. Lo que tiene de incomprensible el vértigo es lo que, paradójicamente, enciende su imaginación.

De esa película muchas personas recuerdan cuando la mujer, atada a un árbol, es azotada por los conductores del carruaje. Muchas de esas personas, escandalizadas por lo de machista que puede tener la escena, si la descontextualizamos, no se han dado cuenta de que esa imagen es una proyección de su deseo, que la única propietaria de esa pulsión es ella. Solo ella. Y que nadie puede decirle cómo y con qué tiene que excitarse.

El filme de Buñuel invita a lecturas mucho más profundas. De hecho, si acudimos al *Diccionario de símbolos* (Siruela, 1997), de Juan Eduardo Cirlot, comprobamos que los azotes no son concebidos como un castigo en la mentalidad arcádica, sino como acto de purificación y estímulo. “En multitud de ritos universales, los azotes figuran como necesarios para liberar de posesiones, encantamientos y todas aquellas actitudes que corresponden a una impotencia física o espiritual”. Es el personaje de Sorel el que, finalmente, se queda ciego. Y ella, que sí ha sido capaz de mirar más allá de la convención, emancipando su imaginación incluso de su propia moral, la que parece haber sabido interpretar los enigmas de la catarsis.

Lo que determina las relaciones personales es la voluntad, cuando, de manera indiscutible, el “no es no”. Pero confundir la voluntad (imprescindible para una convivencia en igualdad) con los desencadenantes de la excitación sería un grave error. Por eso es tan importante el libro de Clara Serra, *Leonas y zorras* (Catarata, 2018), porque, desde un feminismo audaz y combativo, denuncia la tentación de construir un nuevo puritanismo. “El deseo es la prueba del fracaso del poder”, sostiene la autora. “No podemos condenar moralmente la seducción”, recuerda la filósofa madrileña. “Un individuo enteramente condicionado por las normas, construido de modo perfecto, estaría determinado como un autómatas”, añadirá la pensadora.

Nos quieren máquinas. Y nos excita saber que nunca lo seremos del todo. ¿Cómo negarse, entonces, al placer de la desobediencia?

Recuerdo que el gran Luis García Berlanga, director de cine y reconocido erotómano, decía jocosamente, a propósito de la memorable colección “La sonrisa vertical” de Tusquets, que la literatura pornográfica es aquella que se lee con una sola mano. Frecuentemente se suele relacionar el placer con el sexo y el erotismo, y más recientemente, de una manera recurrente, con la gastronomía. Aunque, en nuestra modernidad avanzada, se ha vinculado el placer, también, con los llamados espectáculos de masas. Los partidos de fútbol, el cine, ya sea en los estadios y cinemas, como en el bar o en casa. *Panem et circense*.

Y bien, lo cierto es que no se puede cerrar el paso al placer en ninguno de los aspectos de nuestra vida. Desgraciadamente, sin embargo, en nuestra sociedad capitalista consumista, parece que el consumo, de televisión y series audiovisuales, redes sociales, y, desde luego, de todo tipo de artículos de lujo o no, alcohol y estupefacientes, sea lo que todo ciudadano *normal* tiene a bien hacer para pasar el rato o sentirse a gusto.

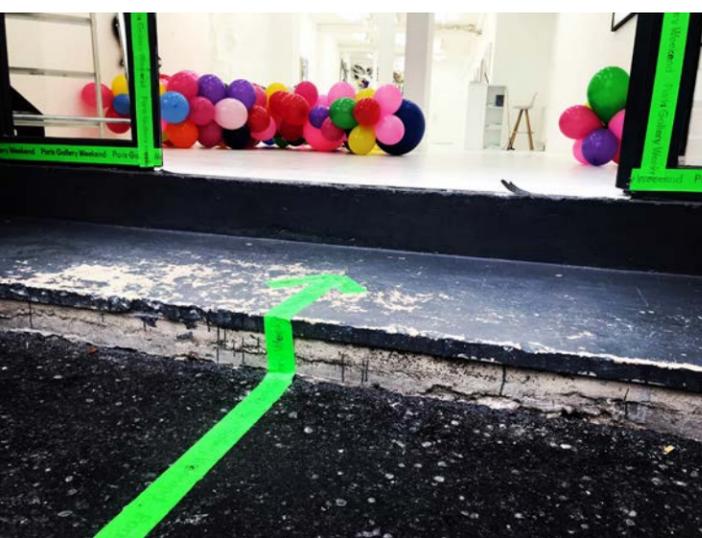
Si hablamos de la juventud parece que las formas más comunes nos llevan al botellón, la discoteca o los conciertos y festivales de música de todo tipo. Más allá del lugar común sin duda existen múltiples prácticas culturales y deportivas que forman parte de la vida asociativa y común de muchos de nuestros ciudadanos.

En nuestra sociedad hipócrita sigue imperando la máxima de respetar las virtudes públicas y los vicios privados, aunque cada vez sea menos escandalosa, en tiempos de Trump y de *fake news*, la realidad de una sociedad donde son más habituales los vicios públicos y las virtudes privadas... La desfachatez moral e intelectual, la mentira, parecen haberse instalado irremediadamente, entre algunos de los poderosos dirigentes políticos de nuestro tiempo. Malos tiempos para la lírica y para una sociedad moralmente y éticamente digna.

En su reciente y muy recomendable libro, *Deseo y placer. La ciencia de las motivaciones* (Ariel, 2019), Ignacio Morgado, catedrático de psicobiología y director del Instituto de Neurociencias de la Universitat Autònoma de Barcelona, nos recuerda que para tener placer primero tiene que haber la motivación, el deseo de conseguir una cosa. El deseo está relacionado con la dopamina, un neurotransmisor del sistema nervioso. Y no siempre la dopamina está disponible. La vejez o la enfermedad bajan los niveles de dopamina.

Así pues, quien controla el deseo controla el placer. Y esa es la función máxima de la propaganda, de la publicidad, comercial o política. Bebe una cierta cerveza o alcohol, y tendrás placer. Compra un determinado coche, una marca concreta de ropa, y serás feliz. No necesitarás más cosas y lucir tu bólido y prendas rampantes bastará para ser feliz en el mejor de los mundos posibles.

¿Y cuáles son los mensajes habituales que circulan por nuestros medios de comunicación, por la mediaesfera? Dinero y poder dan la felicidad, la cultura ha dejado de ser un signo de distinción.



En otros tiempos el burgués ilustrado, amante de la música y de las letras, coleccionista de arte, era respetado y admirado. La cultura era un signo de riqueza y distinción. Hoy en día, los valores sociales han mutado irremediabilmente. Un rico analfabeto, especulador reconocido, es más respetado y admirado que un simple trabajador culto y digno. La decadencia moral y ética de nuestras sociedades es enormemente visible ante algunos de los retos políticos más candentes de nuestro mundo como la inmigración o la desigualdad social y económica.

¿Cómo devolver el placer por la cultura, por las formas más habituales y tradicionales de prácticas y consumos culturales en una sociedad democrática avanzada? El placer de la lectura, de la contemplación del arte, de la visión del cine, del teatro o de la audición de la música... Sin duda, primeramente, todo pasa por la educación, por la educación cultural y estética que permita disfrutar de la práctica artística, teatral, musical, cinematográfica, de la contemplación y disfrute de las obras de arte y de tantas otras disciplinas de nuestro tiempo. Hay que ofrecer las herramientas necesarias a toda la ciudadanía para poder comprender y analizar críticamente la creación contemporánea para poder disfrutar de nuestra cultura. Sin tradición y transmisión no es posible hacer avanzar una cultura en nuestros tiempos complejos. Tradición, transmisión, creación, investigación, forman parte de una cadena necesaria en toda cultura contemporánea, que sin duda debe contar y adaptarse a la cultura digital.

Y, sobre todo, hay que encender el deseo. El deseo de cultura, la curiosidad del saber. Y es esta una tarea colectiva que invita a una nueva ilustración. Empezando por nuestros políticos que deben no solo llenarse la boca de cultura sino también ejercer con el ejemplo, dotar nuestras escuelas y la cultura de los presupuestos necesarios para avanzar hacia una sociedad donde la lectura, la visita a los museos, la asistencia a los teatros y a los auditorios no sea un acto circunstancial sino que forme parte de un deseo colectivo mayoritario de placer estético, de curiosidad intelectual, de crear una sociedad más culta y más crítica.



Manuel Guerrero Brullet es licenciado en Filología Románica. Comisario del año Brossa (2019).

EL PLACER  
QUE SURGE  
DE DENTRO



## Ocio, negocio y placeres culpables.

### Debate a cuatro voces con jóvenes universitarios

por

## GISELA CHILLIDA escritora y comisaria independiente

Marina Canela, Turismo en inglés en la Universidad Autónoma de Barcelona.

Gabriel Virgilio Luciani, Bellas Artes en Escola Massana Centro de Arte y Diseño.

Jean Monnin, Ingeniería Informática en la Universidad de Barcelona.

Hugo Riera, Comunicación Audiovisual, Ramón Llull Blanquerna.

Antes de empezar, y para conocernos un poco, ¿por qué decidisteis estudiar la carrera que ahora estáis cursando? ¿Qué os empujó a elegir esta y no otra? ¿Pensasteis más en las salidas profesionales o en aquello que os gustaba?

**Gabriel:** siempre tuve claro que quería estudiar Bellas Artes. Aunque ahora me considero “comisario de exposiciones”, en ese momento me definía como “pintor”. Yo entré en la Escuela Massana con cierta *naïvité*, cierta inocencia. Quería afinar mis herramientas y buscaba estar en una atmósfera estructurada... pero al final no es lo que me esperaba. En realidad, es importante no quedarse únicamente en lo que te enseñan en las clases, hay que salir, moverse.

**Hugo:** durante el bachillerato me di cuenta de que no quería estar sentado en una silla haciendo cálculos. Por eso me decidí por una rama mucho más creativa y relacionada con la producción y la cultura como es la Comunicación Audiovisual. Aunque las ciencias también pueden ser creativas, lo son de otro modo.

**Jean:** lo que más me interesaba eran las matemáticas, pero me faltaba encontrarles un sentido, me gustaba mucho más el espíritu que tienen las matemáticas discretas, que sirven para pensar y comprender las cosas que están pasando. Por ejemplo, ¿por qué un número es par o impar? Me interesaba el aspecto lógico que hay detrás de las ciencias. Si los ingenieros informáticos fallamos un cálculo no se cae un edificio, eso nos da mucha más libertad para experimentar... También acabé el conservatorio, pero la carrera musical requiere mucho sacrificio, mucho estudio, mucha dedicación.

**Marina:** mi caso es parecido. De siempre he hecho teatro, pero el mundo escénico tiene un punto de competitividad que no me acaba de convencer. Así que preferí dejarlo como “hobby”. Entonces pensé: me gusta viajar, me gustan las lenguas... Y me decidí por turismo.

Todos decidisteis más por pasión en vistas al futuro, entonces, ¿creéis que, que os guste el trabajo es una condición *sine qua non*, un imperativo vital? Parece que las nuevas generaciones cada vez dan más importancia a encontrar el placer en todo, también en el trabajo. Es algo que nuestros abuelos la mayoría de las veces ni siquiera ponían en la ecuación. El trabajo era el sustento, era la fuente de ingresos, te podía gustar más o menos pero eso era una cuestión secundaria...

**Marina:** depende también de la situación familiar de cada uno. Hay quien tiene más libertad para elegir aquello que le gusta y quien se ve más acotado por las circunstancias personales.

**Jean:** como decías, hay que poner en la balanza lo que a uno le gusta y lo que uno cree que le puede dar un “futuro mejor”.

**Hugo:** creo que ahora escogemos la carrera sin pensar en el mañana, en que luego quizá tendremos un trabajo que puede no gustarnos. Pero antes de nada deben cubrirse unas necesidades, hay que buscar el equilibrio...

**Gabriel:** somos una generación un poco especial. Nuestros padres no tuvieron la oportunidad de elegir, al menos no tanto como nosotros. Mi madre siempre puso por delante la estabilidad económica. No tenemos los mismos miedos, sobre todo en cuanto al dinero. Mi madre ha hecho muchas cosas no por gusto o placer sino por temas pragmáticos. Ha trabajado como consultora de bancos durante toda su vida, allí en Estados Unidos, y lo odia.

Se relaciona también con la idea de éxito, vital y profesional, ¿consideramos tan dichoso a alguien que gana mucho dinero como alguien que logra vivir haciendo “lo que le gusta”?

**Marina:** al final, piensas en tu trabajo ideal: que te encante y que cobres bien... En el turismo por ejemplo, hay la posibilidad de ir escalando. Se empieza desde abajo y poco a poco vas subiendo puestos. Todo depende de la meta que te pongas. Lo que tengo claro es que no quiero empezar con algo que no disfrute. Ahora mismo tengo muchas ofertas para ir a un resort de Puerto Rico o Abu Dhabi, también a China e India. Pero, ¿cómo me van a tratar? ¿Cuál es el contrato? ¿Cuáles son las condiciones laborales reales? Hay que valorar aquello que deseas sin olvidar que hay unos mínimos.

**Hugo:** exacto, antes de aquello que quieres, va aquello que necesitas. Si no logras cubrir lo básico, jamás podrás encontrar placer en el trabajo. El placer es una experiencia que sentimos cuando satisfacemos nuestras necesidades. Por mucho que te guste un trabajo, si no te permite pagar las facturas, jamás lo podrás disfrutar, aunque a otros niveles sea el “trabajo ideal”. Aún así, hay que tener la ambición de buscar el placer en nuestro trabajo. Luego ya veremos qué pasa. Como hay tanta incertidumbre, mejor moverse por lo que a uno le gusta.

Me hace pensar en Slavoj Zizek, el filósofo estrella, cuando habla de la exigencia de experimentar placer, la obligación social de divertirse y mostrar entusiasmo continuamente, que nos lleva a toda la medicalización de “los tristes”.

**Jean:** sí, parece que hoy en día no te puedes quejar porque siempre hay quien está peor que tú. El argumento de peso es: “no te quejes que fulanito está mucho peor que tú”.

**Marina:** exacto, cuesta reconocer que uno puede estar mal. Cuando alguien te pregunta: “¿Cómo estás?”, automáticamente respondemos: “Bien”, aunque estés pasando un mal momento. Pero es algo de lo que todos somos un poco partícipes, nos cuesta empatizar con “el dolor” del otro. Preferimos no tener que escuchar los problemas de los demás. Y nos obligamos a decir que todo nos va bien.

**Gabriel:** en cambio, en el “mundo del arte”, es más común quejarse, se acepta más la vulnerabilidad. Es otro modo de ver el mundo. Salí con un chico que estudiaba Derecho y era incapaz de aceptar que sentía pena, suprimía siempre el dolor...

**Hugo:** nos hemos acostumbrado a ver el dolor como un proceso que va por dentro. La alegría sí que la compartimos... aunque siempre con un límite. Si parece que te va “demasiado bien”, surgen las envidias...

Por qué, ¿cuál es la antinomia del placer?, ¿el dolor?, ¿la carencia?, ¿la tristeza? ¿El placer debe ir de la mano de su contrario para que lo apreciemos más?

**Jean:** exacto, hay una condición de situación que permite que el placer que se produce luego de una falta sea aún más intenso. El placer es más grande cuanto más te cuesta o más difícil es conseguirlo.

Y, ¿creéis que nuestra capacidad por experimentar placer es algo absolutamente individual o hay un componente cultural decisivo?

**Jean:** a nivel cultural, lo que se entiende por placentero suele ser muy homogéneo, muy estandarizado. Dentro de las diferencias materiales que pueda haber, socialmente suele ser muy similar. Hay unos modelos de poder que nos dicen qué puede ser fuente de placer y qué no.

Entonces, ¿el sistema en el que te mueves es el que te da el marco para identificar “lo placentero”?

**Marina:** está claro que lo que más afecta es la sociedad y la cultura en la que uno vive. La educación es la que nos lleva a buscar placer en unas cosas u otras. El placer se educa, es algo que se puede conducir y reconducir. Algo que para una sociedad es placentero, puede ser nauseabundo para otra. En gastronomía se aprecia muy bien, o en los olores. Es muy difícil apreciar algo que no forma parte de tu forma de vida, de tus costumbres.

**Gabriel:** hay un placer aprendido. Es similar a lo que decía Pierre Bourdieu cuando hablaba del habitus. Hay un sistema de autoperpetuación que hace que todos busquemos modos de experimentar placer muy similares. ¿Por qué Francia, Cataluña o Portugal, por poner algunos ejemplos, tienen cierta idiosincrasia? Porque han seguido unos mismo modelos homogeneizadores, queremos adherirnos a ciertos patrones...

**Marina:** aquí también hay peligro de confundir un placer “mediático”, como el que hoy en día podemos ver en Instagram, y los verdaderos placeres, que pueden ser mucho más mundanos, más personales e intransferibles.

De nuevo me viene a la mente Zizek, cuando dice que “no prestamos suficiente atención a lo que nos hace sentir bien porque estamos obsesionados midiendo si tenemos más o menos placer que el resto”.

**Marina:** son muy importantes los referentes, aquellos en los que nos queremos ver reflejados. Ellos terminan por convertirse en nuestro modelo, en nuestra guía para identificar qué es el placer. Y eso es peligroso porque terminas por identificar el placer a través de lo que los otros consideran placentero. Por otro lado, y también en relación a lo que estamos comentando acerca del “placer aprendido”, no podemos obviar que el placer está también muy ligado a la memoria, por ejemplo los recuerdos de infancia... Nada tiene el mismo gusto que “la comida de la abuela”.

**Jean:** también en los gestos cariñosos. Mimetizamos los gestos que nos hacían nuestros padres. Nos hacen sentir bien y sentimos placer recibiendo y reproduciendo.

**Marina:** aunque a veces puede tener un efecto adverso, un muy buen recuerdo puede hacer que nuestras expectativas estén demasiado altas y que luego, si no se cumplen, sintamos frustración o decepción.

**Hugo:** el placer es algo que siempre pide ser aumentado: necesitamos más para experimentar el mismo grado de satisfacción. Como los ludópatas, que siempre quieren más para llegar a sentir la misma emoción.

Hay un concepto de la generación millennial que a mí me fascina. Es el de *Guilty Pleasures*, que se usa para designar un placer del que nos sentimos culpables o avergonzados... ¿Por qué a veces el placer va acompañado de cierto pudor o vergüenza?

**Gabriel:** está muy ligado a la idea de fetiche, a eso que en cierto modo te excita y no sabes por qué, a veces puede también ser algo que has reprimido durante tiempo. Además nos da apuro reconocer que nos gustan cosas que no están reconocidas socialmente. Por eso, el espectáculo mainstream, el entretenimiento puro, pueden ser grandes fuentes de placer culpable. Pero al final, el verdadero placer tiene sobretodo que ver con la aceptación de uno mismo.

**Hugo:** hay placeres que no te gusta compartir y hasta se disfrutan más en soledad.

Por qué, llevándolo al terreno más personal, ¿cuál sería para vosotros la imagen mental del placer?

**Hugo:** junio, he terminado exámenes, una terraza con amigos, sin estar pendiente del reloj...

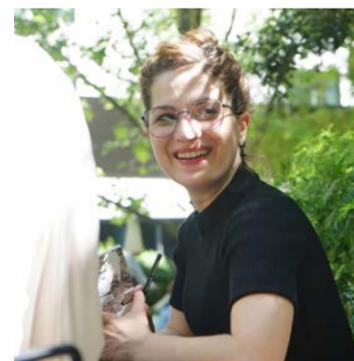
**Marina:** los besos de mi madre en la nariz, me hacen sentir en casa; o el silencio compartido en un largo trayecto en tren.

**Gabriel:** el amor, conectar con alguien hasta perder la noción del tiempo.

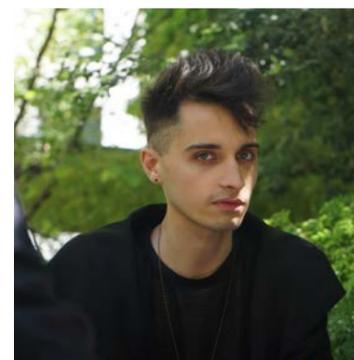
**Jean:** para mí la imagen del placer se sintetiza en un viaje a Ámsterdam que hice con unos amigos. Me vino a la cabeza la frase “no camino sin rumbo porque estoy perdido sino que camino con rumbo porque sé que no estoy perdido”. Creo que representa muy bien ese placer de estar a gusto con los tuyos, de permitirse perder el tiempo y vivir el momento presente.

Al final, compartís una visión muy epicúrea del placer, esa idea de placer entendido como ausencia total de negatividad, de dolor y de desasosiego, un placer que busca la serenidad y la tranquilidad, el camino a la ataraxia, “ese estado de supresión del sufrimiento del cuerpo, este estado de equilibrio, abre a la conciencia un sentimiento global, cenestésico, de la propia existencia”.

Gisela Chillida [Barcelona, 1987] es licenciado en Filología Románica.



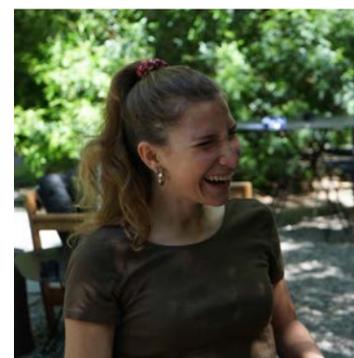
Gisela Chillida



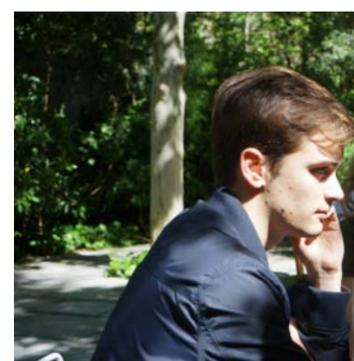
Gabriel Virgilio Luciani



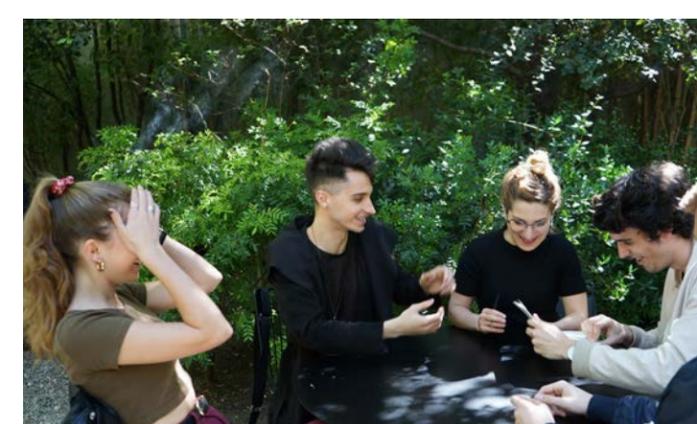
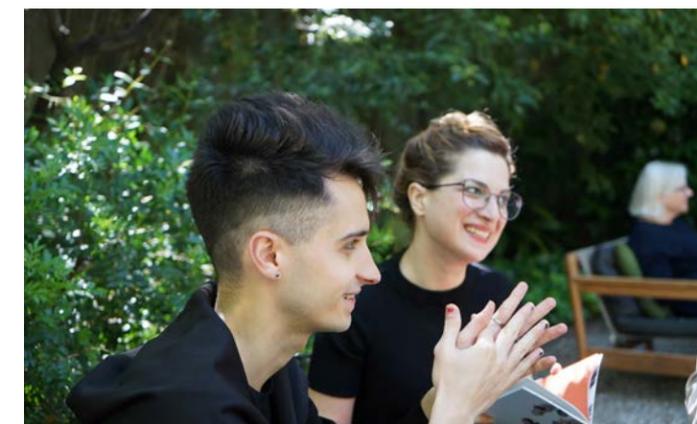
Hugo Riera



Marina Canela



Jean Monnin



Sergio Huertas©

## PLACERES

La primera vista desde la ventana  
por la mañana,  
el viejo libro recuperado,  
caras llenas de entusiasmo,  
la nieve, el cambio  
de estaciones,  
el periódico,  
el perro,  
la dialéctica,  
 ducharse, nadar,  
música antigua,  
zapatos cómodos,  
comprender,  
nueva música,  
escribir, plantar,  
viajar,  
cantar,  
ser amable.

*Bertolt Brecht*

## VERGNÜGUNGEN

Der erste Blick aus dem Fenster am  
Morgen  
Das wiedergefundene alte Buch  
Begeisterte Gesichter  
Schnee, der Wechsel der  
Jahreszeiten  
Die Zeitung  
Der Hund  
Die Dialektik  
Duschen, Schwimmen  
Alte Musik  
Bequeme Schuhe  
Begreifen  
Neue Musik  
Schreiben, Pflanzen  
Reisen  
Singen  
Freundlich sein.

*Bertolt Brecht*

## Instantes de placer

JUDITH  
COLELL

¿Qué podemos definir como placer? La mayoría lo identifica con el placer de los sentidos, el sexo, la comida o la belleza. Buscando su definición en el diccionario encontramos:

Placer: Viva satisfacción de los sentidos o del ánimo provocada por la posesión o por la idea de algo agradable y atractivo.

Por lo tanto, es placer cualquier cosa que nos produzca satisfacción o alguna sensación o sentimiento positivo. Placer de llorar, placer de reír, placer de amar, placer de descubrir.

En realidad, placer es cualquier cosa que nos enriquezca, que nos sirva de alimento para el alma.

Y el cine es una de las artes que más placer nos puede proporcionar ya que, puede casi excitar todos nuestros sentidos a la vez. Por eso elegir 10 momentos, 10 escenas, 10 fotogramas que de un modo u otro, me hayan producido placer, es muy estimulante.

No es fácil elegir 10 cuando hay tantas obras cinematográficas que me han producido placer, pero siempre hay que elegir. Quizá también podríamos hablar del placer de la elección y del placer de la investigación que te ha llevado a esta elección y de la reflexión que te ha llevado a esta investigación.

Tantas formas de placer que pueden ser infinitas.

### 1 LE PLAISIR / Max Ophuls (1952)

En 1952 uno de los creadores visuales más potentes de la historia del cine hace una película sobre tres textos maravillosos de Guy de Maupassant sobre el placer. Una película exquisita donde tienen lugar una belleza sublime y un enorme rigor en la adaptación.

Y que, cómo no, habla del placer.

Creo que es de justicia comenzar la selección con este título.



### 2 EL PLACER DE LLORAR: AU AZAR BALHAZAR / Robert Bresson (1966)

Quizá mi película preferida, siempre me sorprende que esta fábula espiritual en la que se narra la vida de un asno (Balthazar) y la chica que fue su dueña de pequeña (Marie), sea la película favorita de tantos cineastas. En la historia sus vidas serán desgraciadas, cada una a su manera. Un filme de una pureza absoluta, sin ornamentos. Un retrato de vida con una maravillosa utilización de las elipses.

Y una de las películas en las que más he llorado en mi vida. Y llorar también puede ser placer cuando proviene de la belleza.



### 3 EL PLACER DE REÍR: A NIGHT AT THE OPERA / Marx Brothers (1935)

Al igual que el placer de llorar, quiero reivindicar el placer de reír, de reír hasta que te lloran los ojos y te duelen las costillas.

Aún ahora, cuando veo la muy conocida escena del camarote del barco de esta película, aunque la he visto mil veces, me muero de risa.

Reír es quizá a nivel físico, una de las fuentes principales de placer.



### 4 EL PLACER DEL SECRETO: IN THE MOOD FOR LOVE / Wong Kar Wai (2000)

-En los viejos tiempos, ¿si alguien tenía un secreto que no quería compartir, sabes que hacía?

-No tengo ni idea.

-Subía a una montaña, buscaba un árbol, le hacía un agujero y susurraba el secreto, después lo tapaba con barro y lo dejaba allí para siempre.

Con esta explicación, que todavía me provoca una gran emoción, se explica cómo ocultar un secreto inmenso. El secreto de un amor prohibido entre un hombre y una mujer en Hong Kong de los años sesenta. Como no puede dejar de amarla y tampoco lo puede explicar a nadie, él esconde su secreto en una de las milenarias paredes de Angkor Watt.

Una de las más bonitas historias de amor jamás filmadas.



## 5 EL PLACER SEXUAL: NINPHOMANIAC / Lars Von Trier (2013)

No podía faltar en mi lista, uno de mis directores favoritos y que habla del placer y en concreto del placer sexual muy a menudo en sus películas.

A *Nymphomaniac*, la búsqueda del placer sexual es llevada al límite por su protagonista. Una búsqueda de placer que se convierte en antiplacer.

Era imprescindible hablar del sexo, el concepto con el que mayoritariamente se relaciona la palabra placer.



## 6 EL PLACER DEL DESCUBRIMIENTO: EL ESPÍRITU DE LA COLMENA / Víctor Erice (1973)

Probablemente una de las mejores escenas de la historia del cine.

Impresiona como vemos en directo el placer del descubrimiento en la cara de una niña que ve *Frankenstein* por primera vez.

La fascinación de las imágenes, la captación de la realidad en el cine. Un gran ejemplo de unas imágenes únicas, filmadas con técnica de documental, pero dentro de un relato de ficción con un estilo propio muy marcado.



## 7 EL PLACER DEL SEXO: SARABAND / Ingmar Bergman (2003)

Justo detrás de la escena donde reivindico la importancia de la imagen con el descubrimiento de un instante único e irrepetible, quiero ahora reivindicar el texto como fuente inagotable de placer. Un

Bergman de casi 88 años, rueda la que sería su última película. Un maestro de la imagen hace una película para la televisión sin dar demasiada importancia a la parte visual y centrándose sobre todo en lo que ha sido uno de los puntos fuertes del maestro sueco: el texto.



## 8 EL PLACER DEL PRIMER AMOR: UN AMOUR DE JENEUSSE / Mia Hansen Love (2011)

Quizá el placer más absoluto, el amor o, citando André Breton que concluye en su libro *L'amour fou* "te deseo que seas amada locamente", el amor loco, aquel que representa perfectamente el primer amor, aquel que está marcado por la pasión. La película de la directora francesa es una de las más extraordinarias muestras de este amor.



## 9 EL PLACER DE LA MÚSICA: BLEU / Krystof Kieslowsky (1993)

La fusión entre imagen y música, encontró uno de sus mejores exponentes en el trabajo conjunto de los polacos Krystof Kieslowsky y Zbigniew Preisner.

Además, en *Bleu* la música no es solo acompañar las imágenes, sino que tiene un papel importante en la trama, creando una sinfonía poética donde música e imagen van de la mano con gran belleza.



## 10 EL PLACER DEL LÍMITE: MAGNOLIA / Paul Thomas Anderson (1999)

Otro gran ejemplo de película donde música e imagen crean una belleza absoluta, pero también una película de personajes al límite donde podríamos hablar del placer de ver el retrato y los que interpretan el retrato.

Un homenaje también al trabajo de los actores que, a veces, como en la película del genial Paul Thomas Anderson, van al límite.



Judith Colell es directora, guionista y productora de cine.



PLACER



Soplad sobre mi jardín  
Que exhale sus aromas

Entre mi Amado en su jardín  
Para comer aquel fruto prodigioso

1 En mi jardín entraba  
Hermana mía y esposa

Y la mirra y toda su esencia yo hurtaba  
Y todo el panal de miel comía  
Y el vino y la leche bebía

Oh compañeros comed  
Hasta atardiros bebed amigos

2 Yo dormía pero el corazón oía  
La voz de mi amigo que llamaba a la puerta

—Abreos hermana mía  
Amiga mía paloma más perfecta mía

El rocío ha cubierto mi cabeza  
La noche ha humedecido mis cabellos

3 Ya me he desnudado ¿vuelvo a vestirme?  
Me he lavado los pies ¿vuelvo a ensuciármelos?

4 Mi Amado quitaba  
Del agujero su mano

Y mis cavidades mugían  
Por él

- 1 Para abrir a mi amigo me levantaba  
6b A su reclamo mi alma salía  
1b Y mi mano mirra gotaba  
De mis dedos la mirra flujía  
Sobre el pasador que empuñaba  
6a Abro a mi Amado  
Mi Amado había desaparecido  
6c Lo busco y no lo encuentro  
Le llamo y no me responde  
7 Las guardias de ronda por la ciudad  
Al encontrarme me han golpeado me han herido  
De mi velo me han despejado  
Las guardias de los muros  
8 Oh hijas de Jerusalén yo os conjuro  
Si encontráis a mi Amado  
¿Qué le diréis?  
Que yo muero de amor

9 ¿Qué tendrá tu Amado  
Más que cualquier otro amante  
Oh es la más bella entre las mujeres?

¿Qué tendrá tu Amado  
Más que cualquier otro amante  
Para que nos conjuras así?

- 10 Blanco y sonrosado es mi Amado  
Un estandarte sobre las multitudes  
11 Su cabeza es oro puro  
Un mar de ondas como cuervos negros  
Sus caballos  
12 Cual palomas en los cursos de agua  
Sus ojos se bañan en leche  
Habitan en la opulencia  
13 Sus mejillas como bancales de bálsamo  
Jardines perennes perfumados  
Rosas bañadas en resinoso  
Mira sus labios  
14 Láminas de oro incrustadas de brillantes  
Sus manos  
Un marfil esplendente  
Esmaltado de zafiros es su vientro

17 Columnas de mármol blanco sus piernas  
Sobre bases de oro puro

Aparece como el Líbano  
Sublime como los cedros

18 Su boca es toda dulzuras

Su ser es gozo sin fin

Oh hijas de Jerusalén así es mi Amada  
Así es mi Amigo

1 ¿Adónde ha ido tu Amado  
Oh entre las mujeres la más hermosa?

¿De qué parte tu amigo se ha ido?  
Lo buscaremos contigo

2 Mi Amado a su paraíso  
A los bancales de báhamo ha bajado  
Parec es el oasis y recoge rosas

3 Yo de mi Amado y mi Amado es mío  
Parec rosas

4 Como Tishá eres hermosa amiga mía  
Entusiasmante como Jerusalén  
Acerradora cual estandartes de campo

5 ¡Oh lejos de mí tus ojos saqueadores!  
Como un rebaño de cabras  
Colgado en las pendientes del Ghilad  
Tus cabellos

6 Como de cabras que han criado



A veces la belleza duele.

¿A dónde te puede llevar la sonoridad de *Beim Schlafengehen*, el lied de Richard Strauss? Activa en tu cerebro neuronas adormecidas, y, de pronto, mientras suena ese violín de los compases centrales, tú apenas eres tú, como si un poder infinitamente superior a tu diminuta, fragilísima condición de humana te arrancase a ti misma.

Un poder in-humano, que te lleva a algún no-lugar situado más allá de “esto”, los coches machacones que rugen por mucho que busques el silencio, la puta segadora del vecino que corta una vez más la hierba cortada ayer, la última noticia con las últimas miserias de la jornada que brilla amarga en la pantalla del ordenador, aunque tú no quieras.

Entonces llega Richard Strauss y te salva.

¿O te condena?

A veces no sé si la belleza es el cuento de Scherezade o la flauta de Hamelín.

La belleza será convulsa o no será, dijo André Breton.

Por eso te parte el corazón. Y luego te lo recompone de otra forma.

*La beauté convulsive*, que nos hace retorcernos a nosotros, sus adoradores, empujándonos a ese no-lugar milagroso del que ya no queremos volver. El paraíso de una tabla de Van Eyck. La tierra de los Lotófagos en la que somos otros, con la ansiedad siempre insatisfecha de no regresar nunca más al vinoso mar donde esperan Caribdis y Escila.

Belleza. La delicada perfección geométrica de las hojas de un pequeño ciruelo que se expanden ante mí, mientras escribo este texto. El color indescriptible de la peonía que ya se ha abierto. Un alejandrino de un poeta francés —Baudelaire, Racine, no importa, los cambio—, un soneto de Garcilaso, casi cualquier palabra de Shakespeare, una página de Homero, tres líneas iluminadas de Virginia...

Belleza. Una montaña. Una ola detenida en el tiempo desde un avión. Un puñado de pinceladas de Turner. El azul de la túnica de María en *El Descendimiento* de Van der Weyden. Aquella mano de aquel bailarín que trazó aquel gesto infinito contra el skyline de Nueva York.

La luz cayendo desde la cúpula de la Academia sobre el *David*, y las sombras a sus pies. El Adagio del Concierto para piano núm. 5 de Beethoven y, bueno, qué demonios, cualquier par de notas escritas por él. Una fórmula matemática insuperable. Un ángulo exacto, un círculo completo. Tres prímulas florecidas al final del invierno.

### *El placer de vivir*

## ÁNGELES CASO

Se es apolíneo o se es dionisiaco, dijo Nietzsche. ¿No se puede ser las dos cosas? Partirse el corazón y el alma, y también el cuerpo si hace falta, tratando de alcanzar lo uno y lo otro en ese instante en el que se unen. Belleza, allá, en lo profundo, donde tortura y se abisma. Yo quiero ser las dos cosas. Y tirarme a ese abismo, conducida fatalmente por la flauta de Hamelín, resucitada por el cuento de Scherezade.

De todas formas, ¿a quién le importa? Nacieron las rosas aquí al lado, y ese pájaro de todos los atardeceres —nunca he sabido cuál es, aunque debería poder llamarlo por su nombre— canta como si Dios le susurrara al oído. Dentro de poco, entraré en casa, pondré un disco —Pink Floyd o Haydn o Carmen McRae, todavía no sé— y quizá pensaré que todo lo demás valía la pena a cambio de esto. Igual, si tengo suerte, hasta me imaginaré que todo lo demás no existe. Pura sombra de las sombras. A la mierda Caribdis y Escila, que se desvanecen en la noche.

Pero, ¿a quién le importa? Be-lle-za. Rosas. Sonidos de violoncello. Pájaros inspirados. Palabras sabias y convulsas. Buuf... ¿Alguien quiere asomarse a todo eso? No sé si queda valor. Sí para otras cosas, claro, y algunas tienen sus propios abismos extraordinarios. Pero el coraje para inclinarse ahí, sobre esa sima hacia la que se abre toda la belleza del mundo —la del propio y bello mundo y la nuestra, la de nuestra ambiciosa consciencia de imitadores de los dioses—, ese, me temo, se ha diluido. Por falta de interés.

Demasiadas superficies. Miles de personas se amontonan en torno a la Gioconda esforzándose por captar con sus móviles el momento en el que estuvieron al lado del resplandor. Al lado, sin abalanzarse hacia él anhelantes, con los brazos abiertos, dispuestas al sacrificio. Solo en la esquina más alejada, allí donde no sopla el viento, donde no hay convulsión. Ni miedo. En la piel amable de la pseudo-belleza, donde no se tiembla.

En ese espacio desalmado —sin-alma— en el que nunca se te parte el corazón.

Y en el que nada tampoco te lo recompone de otra manera.

Ángeles Caso es escritora, traductora, periodista, editora. Autora de *Pintoras* (2018) Libros de la Letra Azul.

## Appétit de vivre

### MARICEL CHAVARRÍA

Desde que la física cuántica nos ha demostrado que el tiempo es una convención de nuestros cerebros subdesarrollados y que en realidad vivimos a la vez en eso que llamamos presente y futuro –un auténtico y constante *dejà vu*–, hay algo en nuestro ser que lógicamente se resiste a comprender lo que implica para poder seguir adelante con el atávico plan de vida. Pero también hay otra parte que se inquieta y se vuelve más ávida y vital. Siente un voraz *appétit de vivre* y de experimentar placer, tal vez para alimentar esa narrativa no lineal que resulta ser nuestra existencia, que va y vuelve como un bumerang agitando el subconsciente.

En una sociedad hedonista la cuestión del placer adquiere, cómo no, connotaciones muy estereotipadas que van del placer erótico a la degustación de manjares. Además no hay placer sin vanidad, sin una ventada donde exponerlo. La cultura selfie de la que participamos nos permite ser protagonistas de spots publicitarios improvisados que, como siempre, venden exclusividad, privilegios y acceso a grandes personajes o meras *celebrities* que explotan su plusvalía. En cualquier caso, es una operación que tiene su efecto y que despierta, en aquellos ojos que observan, anhelos difíciles de expresar.

Anhelamos acumular experiencias y que todas ellas nos produzcan placer. Hemos construido una sociedad mimada que encierra el dolor en hornacinas pero exhibe como heroicidades las pequeñas heridas, la cicatriz minúscula. Si se exhiben los grandes dramas es solo cuando se han superado. Y tampoco la sociedad premia a nadie por ello. Se valora el reto personal, los ochomiles escalados, pero, ¿a quién se le da un premio por vivir un caso de Alzheimer en casa?

Así las cosas, parece que no queda otra salida que contradecir a Kierkegaard en su tesis filosófica sobre los estados del ser humano y pensar que tampoco son lineales, y que la etapa estética, la ética y la religiosa que él describe están también sujetas a las leyes cuánticas. Lo superficial, lo instintivo, la sensibilidad pura y la inmediatez de la existencia estética de la que habla en su “Diario de un seductor” no tiene acaso por qué ser excluyente de un estado ético y comprometido como sostiene el filósofo danés en “Lo uno o lo otro”.

Hoy no es fácil escapar de esa inmediatez que Kierkegaard ve como única vía para el ser humano estético. Pero en una hipotética realidad en la que el lenguaje y la ortografía lineal dejaran de condicionar nuestra lectura de la convención espacio/tiempo, como apunta el filme “La Llegada” sobre la novela de ficción especulativa de Ted Chiang, ese estadio ético de Kierkegaard conviviría con la inmediatez y le daría forma y estabilidad a esta biografía fragmentada a la que nos aboca.

Este juego filosófico –ni somos filósofas ni lo pretendemos– nos lleva por un atajo a pensar, por ejemplo, en el arte como sanación de una sociedad hedonista y enferma. El arte como una obsesión o pulsión dentro de un espacio mental que finalmente es vuelca y es reparador, para el artista y la sociedad en general. Aunque a Kierkegaard le daría un pasmo si asistiera al modelo de consumo cultural que se va afianzando a nuestro alrededor –nada que ver, o sí, con el snobismo decimonónico–, lo cierto es que solo la experiencia artística puede tender puentes y hacer compatibles los estados de pasión erótica y de plenitud moral, de vanidad y autenticidad, de placer y de angustia o desesperación. Porque todo lo encierra. Y porque nos permite asomarnos a todo ello desde una zona segura: la butaca de la ópera, el pasillo del museo, la acera de la plaza circense, la intimidad de los auriculares adolescentes. Quién no recuerda con placer la desesperanza y el miedo de las canciones de Golpes Bajos...

El arte causa un placer aún hablándonos de situaciones horribles. Salimos sobrecogidos por el dolor del personaje de una obra, por la traición, un suicidio..., pero con una gran sensación de placer, pues son historias que nos muestran los límites del mundo y nos hacen ser mejores. El arte es el resultado de una emoción digerida que se traslada al público. Y a veces el artista es un médium que en aquel momento no comparte esa emoción. Alicia de Larrocha decía que durante una interpretación suya de un Beethoven maduro que había maravillado al público ella estaba pensando en la cena que iba a preparar a unos amigos. Lo cual no quita que el súmmum del placer se produzca cuando el artista se ha entregado y el público lo ha percibido, y se ha sumido en un silencio revelador tras la última nota o palabra. En el fondo se trata de una pregunta que hace el intérprete y una respuesta que ha de dar el público.

Maricel Chavarría es periodista y fotoperiodista.

Con la soprano Lianna Haroutounian en el Liceo  
Cenando con Renée Fleming en el Círculo del Liceo  
Jonathan Littell y Hèctor Parra en la Ópera de Anvers

Maricel Chavarría©



## AMARILLO

765.- Este es el color más próximo a la luz y se origina a la más leve atenuación de la misma, ya sea por medios turbios o por reflexión débil de superficies blancas. En los experimentos prismáticos él solo se expande en el espacio claro y allí se presenta en su máxima pureza mientras los dos polos se hallen aún separados, antes de fundirse con el azul en el verde. Ya hemos explicado detenidamente en el lugar correspondiente cómo el amarillo químico se desarrolla junto al blanco y sobre él.

766.- En su máxima pureza el amarillo comporta siempre la naturaleza de lo claro y posee una cualidad alegre, risueña, que impresiona suavemente.

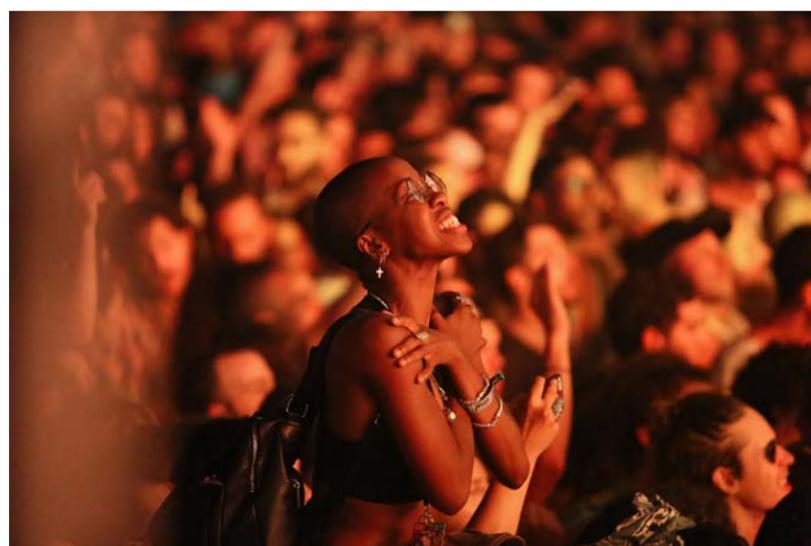
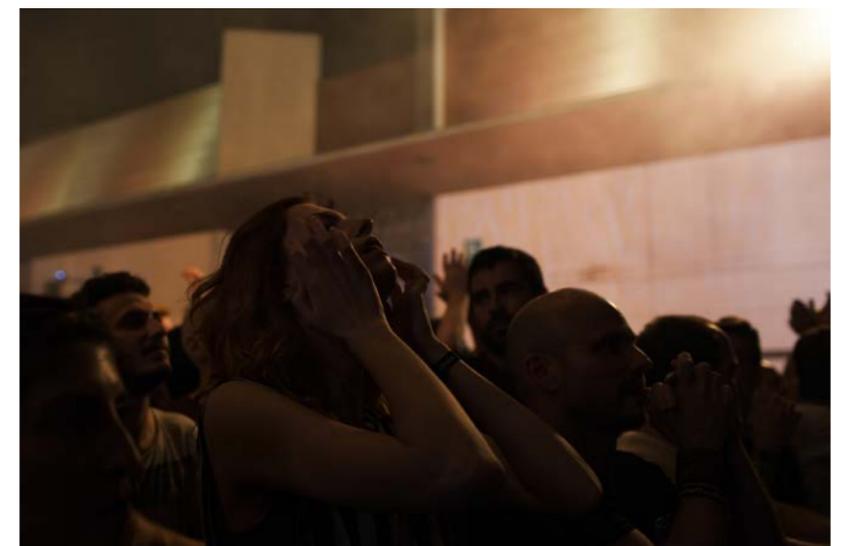
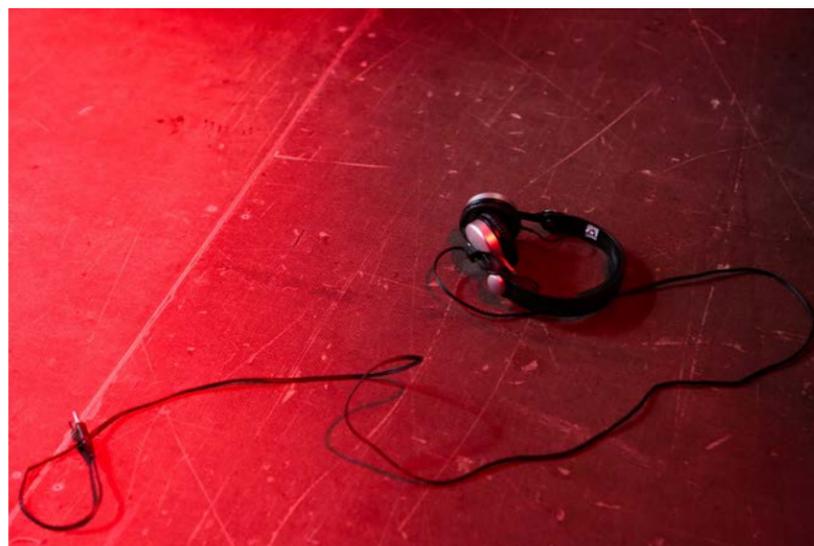
768.- La experiencia enseña que el amarillo causa una impresión decididamente grata y confortante. De ahí que en la pintura corresponde al lado iluminado y activo.

*Johann Wolfgang von Goethe*  
*Extracto de TEORÍA DE LOS COLORES*

## *Festival Sónar y el placer*

SELECCIÓN DE IMÁGENES REALIZADA POR EL EQUIPO CREATIVO DEL FESTIVAL  
PARA EVOCAR EL PLACER EN EL SÓNAR.

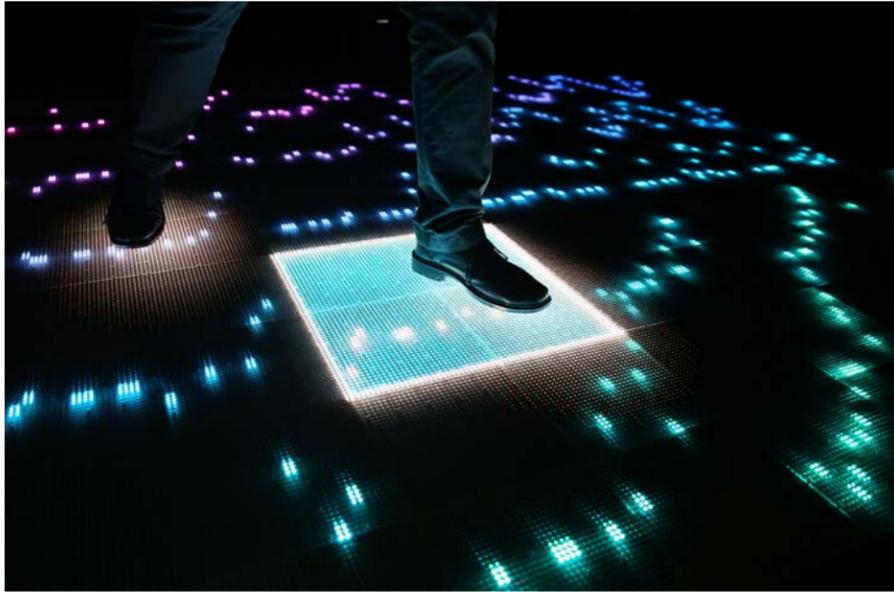




Amnesia Scanner - SonarComplex - Sónar2017 / Alba Ruperez©  
Drippin - SonarDôme - Sónar2016 / Leaf Hopper©  
Nathy Peluso - Sónar2018 / Nerea Coll©

Tommy Cash - SonarHall / Sónar2017 - Alba Ruperez©  
SonarHall - Leaf Hopper©  
Anderson Paak - SonarPub / Leaf Hopper©

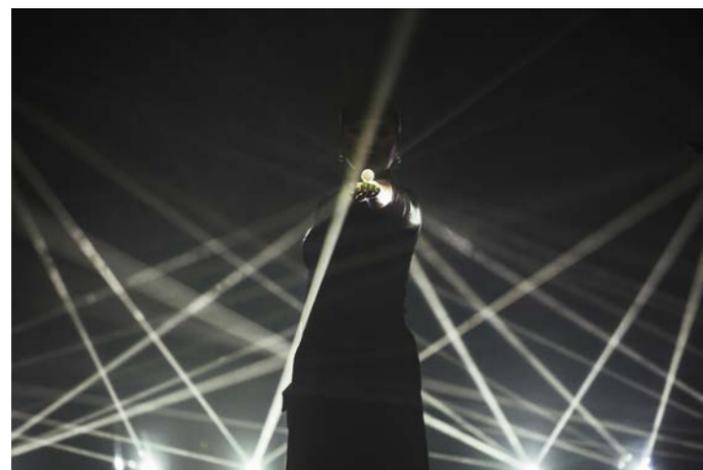
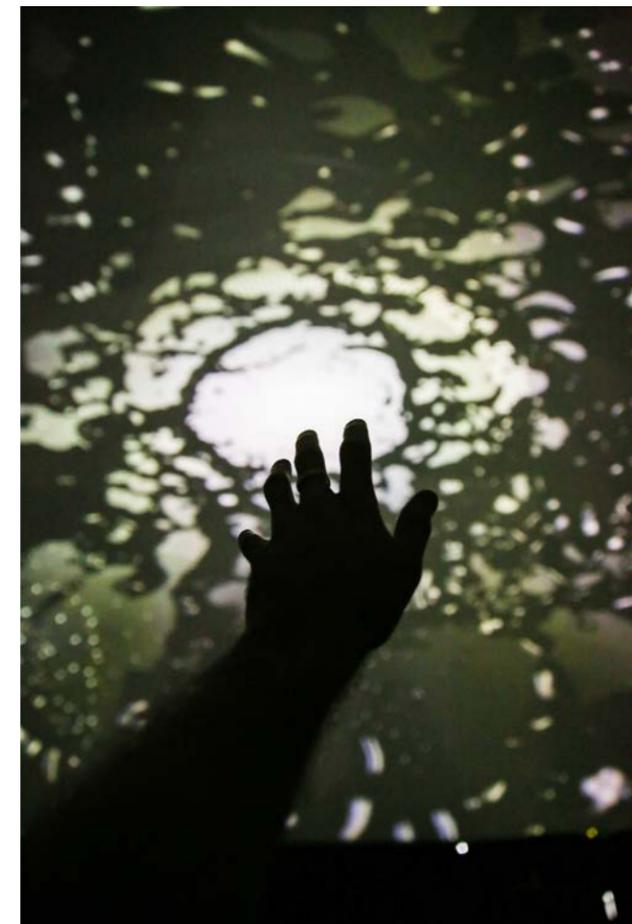
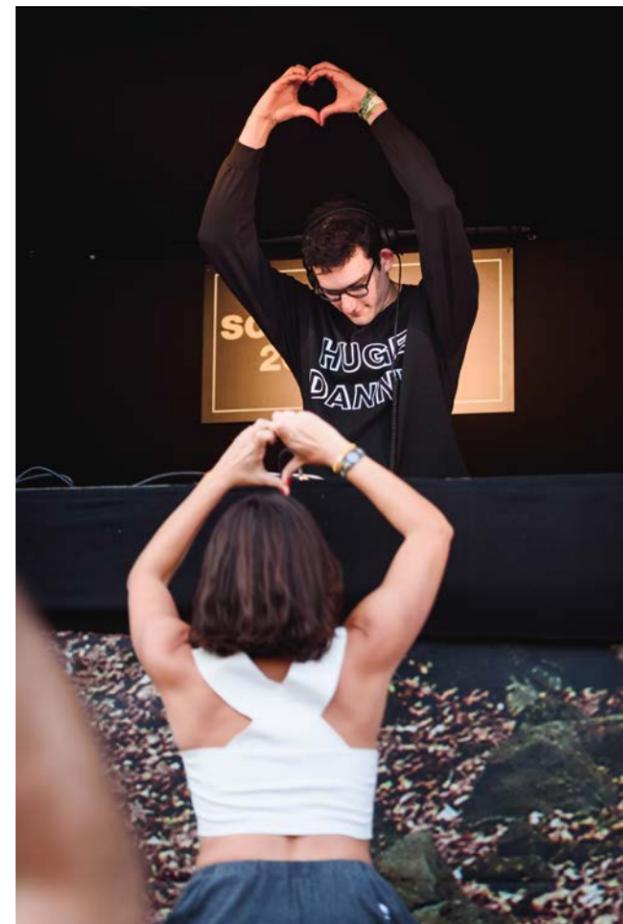
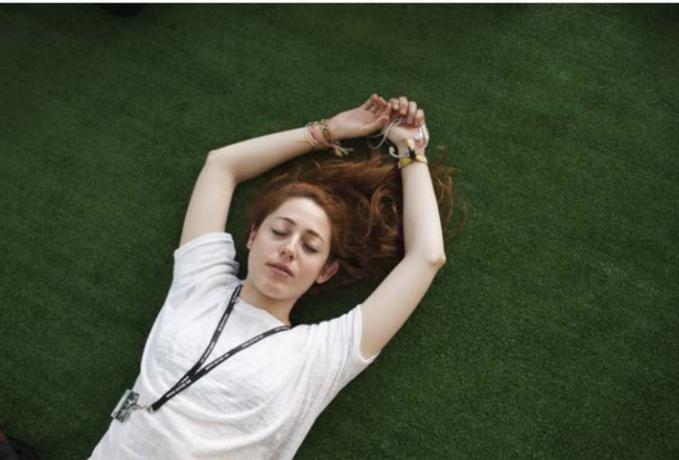
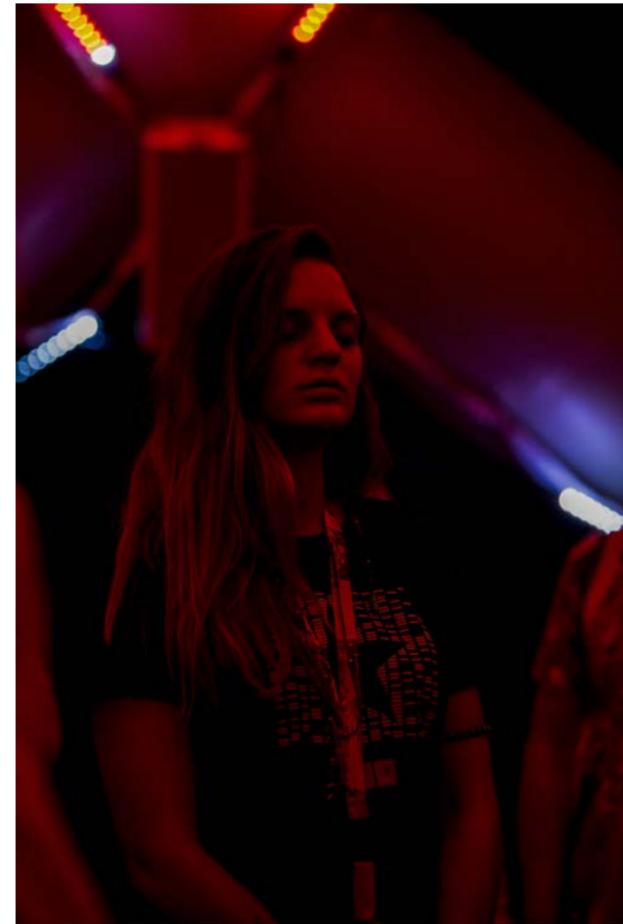
SonarCar / Leaf Hopper©  
JRC15-SON  
Bad Bad Not Good - Village - Sónar2016 / Ariel Martini©



Barrut - MarketLab  
FKATwigs - SonarPub - Sónar2015 / Ariel Martini©  
Fat Freddy's drop - SonarPub - Sónar2017 / Fernando Schlaepfer©

Clams Casino - SonarPub - Sóonar2017 / Fernando Schlaepfer©  
Arca - SonarHall - Sónar2017 / Fernando Schlaepfer©  
Black Madonna - SonarPub - Sónar2017 / Fernando Schlaepfer©

Congonatty - Village - Sónar2016 / Ariel Martini©  
Justice - SonarClub - Sónar2017 / Fernando Schlaepfer©  
Ambiente SonarCar - Sónar2016 / Leaf Hopper©

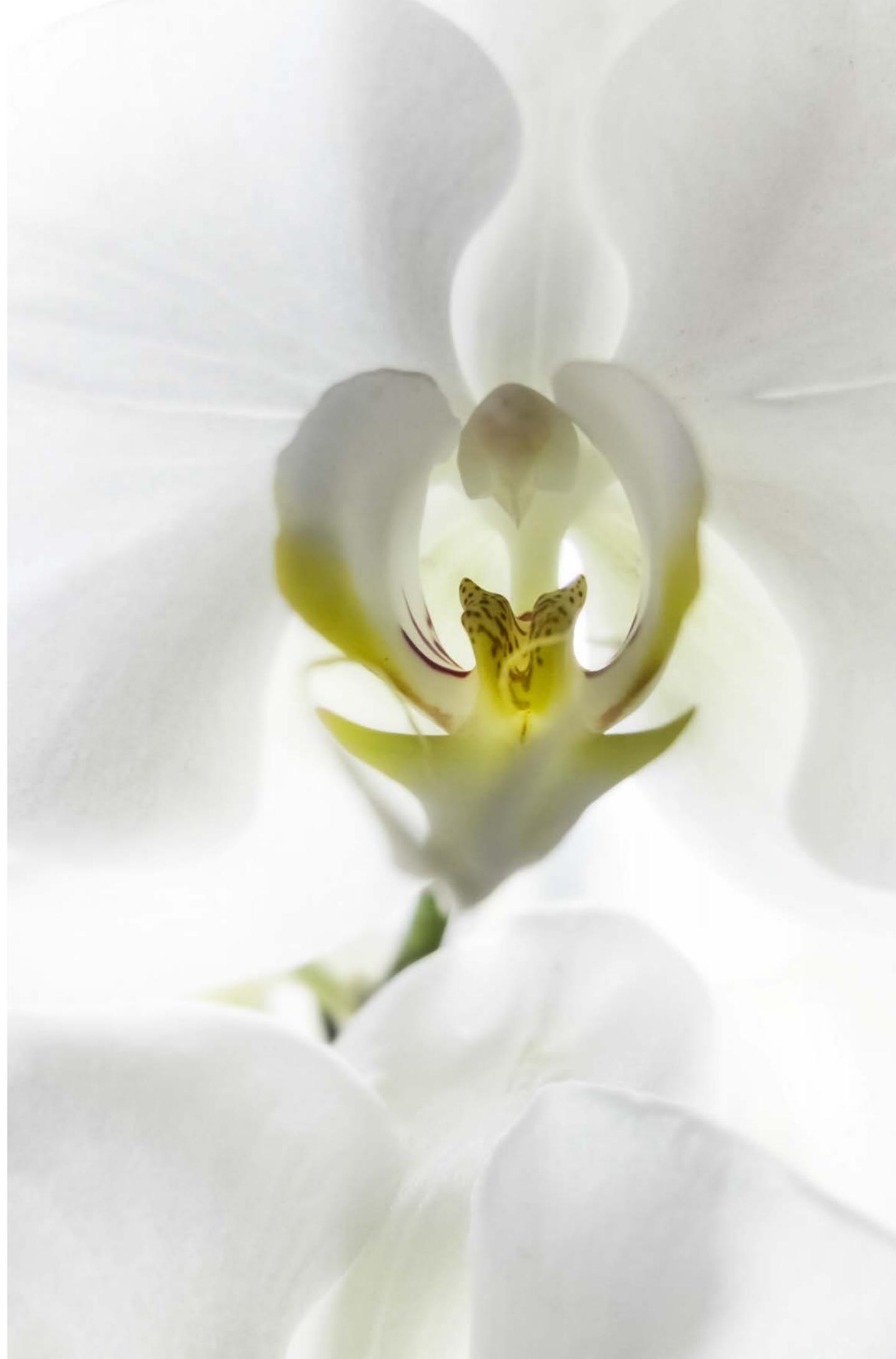


SONAR+D / @JUANLAFITA©  
Danny Harle - Village - Sónar2016 / Ariel Martini©

Nozinja - Village - Sónar2016 / Ariel Martini©  
Espais Barrut©

Princess Nokia - SonarVillage - Sónar2017 / Vicky Grout©  
JRC15-SON  
JRC15-SON  
Justice - SonarClub - Sónar 2017 / Fernando Schlaepfer©

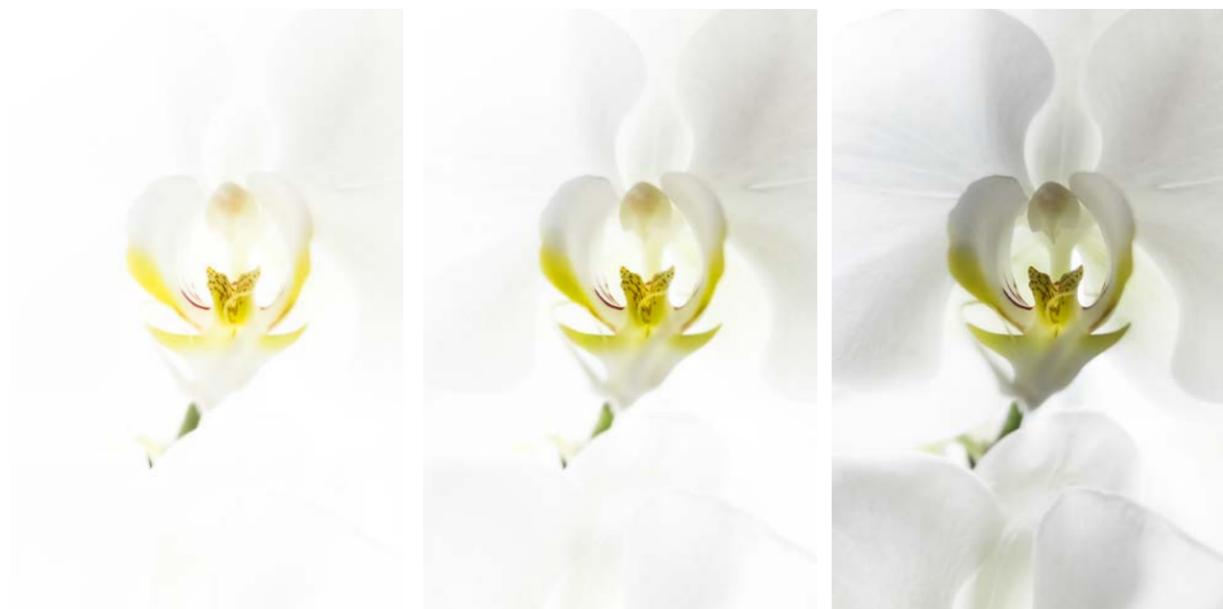
Justice - SonarClub - Sónar2017 / Fernando Schlaepfer©  
Nazoranai - SonarDome - Sónar2015 / Fernando Schlaepfer©  
ASAP Rocky Bbackstage - Sónar2015 / Bianca de Vilar©  
SonarPLANTA - Sónar2017 / Nerea Coll©



Me plantearon el reto de hacer una portada que incluyera el concepto de una imagen en blanco. A partir de aquí desarrollé la idea de mostrar el proceso de revelado de la imagen fotográfica. La portada es el equivalente a la imagen latente, que irá progresivamente apareciendo a medida que vayamos pasando las páginas. Las hojas actúan como capas de tul, hasta desvelar la imagen final: una orquídea blanca, símbolo de belleza.

He querido rendir un homenaje a la pintora estadounidense Georgia O'Keeffe, conocida por su serie de flores. Me gusta mucho la composición de sus cuadros porque es muy fotográfica, sobre todo cuando plantea encuadres fragmentados. Supongo que es influencia de los fotógrafos que la rodeaban. Su marido, Alfred Stiglitz, fue el primer galerista en organizar en el Nueva York de 1902 una muestra exclusivamente con obra fotográfica.

Manel Esclusa



Manel Esclusa es fotógrafo.

Manel Esclusa

Ángeles Caso

Guido Ceronetti

Judith Colell

Johann Wolfgang von Goethe

Moki Amar

Gino Rubert

César Martínez de Obregón

Maricel Chavarría

Gisela Chillida

Isabel Vidal

Pedro Azara

Manuel Guerrero Brullet

Rafael Argullol

Carme Riera

Rosa Massagué

Victoria Combalia

Xavier Marcé

Manuel Cruz

Anna Pagès

Armand Riera

Cristina Pérez Rueda

Michel Tourmier

Ulysse Lojkine

Albert Lladó

Sónar

AGRADECIMIENTOS/

El Acantilado/ Hotel Alma/ Victor Igual/ Marina Canela/ Gabriel Virgilio Luciani/  
Jean Monnin/ Hugo Riera/ Y a todos los autores

Publicación © FOCUS, junio 2019 / artículos e imágenes © autor /

Diseño y maquetación: Rien de Rien Influence - [Olga Lloberes / Eulàlia Castellà] / Impresión: Book Print Digital, S.A

